

Revista Exocerebros



Quinta Edición

NÚMERO 5, MARZO 2023

Selección de textos:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Uggla Horrorwitz

Gustavo Chávez Marcos

Revisión y corrección:

Eddy Roma

Diagramación:

Sión Editorial

Ilustraciones portada y contraportada:

Ilustraciones generadas con ayuda de Midjourney

Ilustraciones en Tinta:

Froy Balam

Ilustración cuento El Canto:

Pedro Román

<https://linktr.ee/darkdroo>

Ilustración cuento Invitado Especial:

Marilinda Guerrero Valenzuela

AVISO LEGAL

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Revista Exocerebros, así como la titularidad de los mismos, pertenece a sus respectivos autores.



Ilustración: Froy Balam

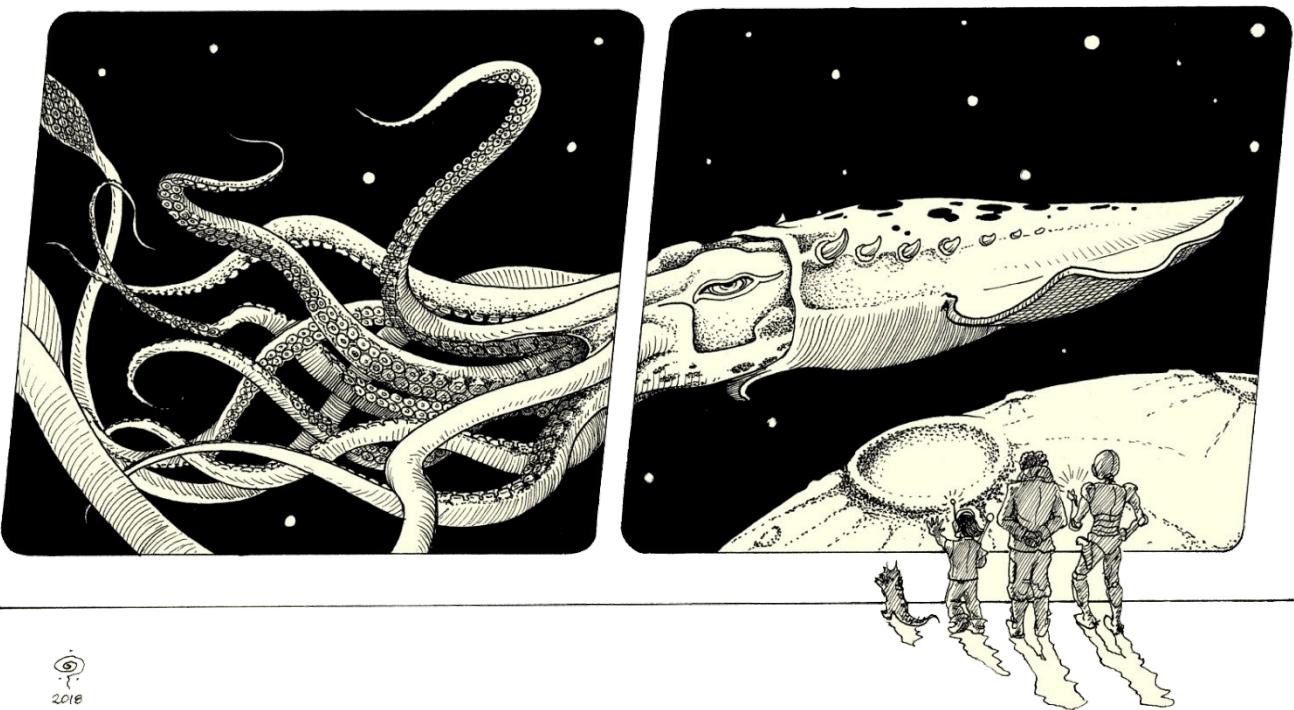
| BIENVENIDOS

Buscadores de mundos Ucrónicos

Con mucha alegría liberamos el quinto número de la Revista Exocerebros. Uno de nuestros objetivos es ser un medio de publicación de textos dentro del género de la ciencia ficción y en esta ocasión, nos lanzamos a la búsqueda de textos que dialogaran desde la ecoficción. Fueron muchos textos los recibidos, lamentablemente tuvimos que escoger un número limitado. Agradecemos a los escritores que nos confiaron sus textos y los que no fueron seleccionados los instamos a que sigan enviando en las siguientes convocatorias.

Los escenarios distópicos se hicieron presentes. Todos sabemos que este planeta cada vez más se acerca al colapso. Pero hubo quienes, como Silvia Alejandra Fernández, que nos plantea otra mirada. Mario Cordero Ávila, nos plantea nuevas posibilidades de carne. Andrea Madrueño, nos adentra en un bosque santuario, G. Puccio Vega nos lleva a conocer la comunidad Ashaninka en el Amazonas, Carlos Ruiz Santiago nos cuenta cómo hay viejas costumbres que nunca mueren, Eduardo Honey nos da un breve recorrido histórico de una civilización establecida entre ríos y montañas, Ana Marina Ortiz nos lleva por el desierto a bordo de una lagartija, Francisco Javier Solórzano nos muestra la búsqueda de organismos originales, Anezly Ramirez nos lleva a conocer a las Manyis y Gema Mateo nos muestra una ciudad dividida en dos. No nos extendemos más con los cuentos porque deseamos que los lean.

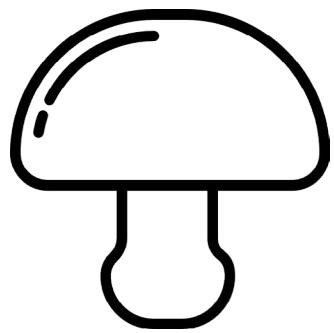
En esta ocasión, tenemos el honor de contar con la colaboración de un cuento de la autora Alicia Santurde Gómez.



lustración: Froy Balam

ÍNDICE

AUTOR	OBRA	Pág.
Andra Madrueño	El canto	10
G. Puccio Vega	El cántico de los espíritus ancestrales	15
Carlos Ruiz Santiago	El legado de los esqueletos	19
Eduardo Omar Honey	Fénix en granito	23
Mario Cordero Ávila	Frankenburguer	27
Ana Marina Ortiz Baker	Incandescente	35
Silvia Alejandra Fernández	El sexto ángel	43
Sadrac Chinchilla	Las ranas	49
Anezly Ramirez	Singularidad	57
Francisco Javier Solórzano	Reserva de originales	63
Gema Mateo Pacheco	Defecto de fábrica	71
Alicia Santurde Gómez	El llanto de las granadas	82





I Ilustración: Pedro Román

EL CANTO

*Hay algo que yo llamo los secretos de los secretos,
en los que no me atrevo a pensar a menos que
esté completamente sola.*

A. Machen

EL BOSQUE SUSURRA OSCUROS SECRETOS, EXCLUSIVOS PARA LOS QUE SABEN ESCUCHAR. Mi abuela materna solía repetir esa frase cuando narraba historias traídas por sus antepasados desde tierras frías y colinas solitarias. Largas temporadas de mi infancia transcurrieron en la cocina de la abuela, mientras mi madre cubría jornadas como médica residente en el hospital. Se suponía que ese tiempo lo tenía que aprovechar para hacer tareas. Pero los relatos de la abuela tenían el poder de distraerme de cualquier deber escolar. Mientras le ayudaba a preparar masa para las galletas de jengibre, ella hablaba de lugares desolados donde las leyendas advertían a los incautos sobre los peligros de profanar lo sagrado. Sitios en los que cualquier formación circular podía ser refugio de algo secreto y mágico. Cuando el clima se tornaba gris y taciturno, la mirada de la abuela se empañaba con un brillo arcano. Entre sorbos de té y relámpagos extendía sobre la mesa el mantel bordado con un árbol rodeado por esferas de colores. A su lado colocaba su misteriosa bolsita de terciopelo negro de la cual poco a poco extraía cuentas de madera con extrañas letras geométricas. Su ritual consistía en lanzar una y otra vez las runas en distintas tiradas sobre el mantel, procurando contarme a través de ese extraño alfabeto todo sobre los reinos y seres, distribuidos entre las raíces y ramas de aquel árbol.

Ese fue mi primer acercamiento a la noción de sitios liminales para los que la lógica y las leyes de los humanos no valían nada. Sus reglas eran ambiguas y en ocasiones crueles. Similares a las que determinan con despiadada indiferencia la supervivencia en la naturaleza. De todas las historias que me compartió la abuela, hay una en especial que siempre me intrigó. Trataba sobre la aparición de pequeñas criaturas que emergieron como gusanos del cadáver de un gigante. Se les describía como niños que volaron arrastrados por el aire y se diseminaron entre los elementos. Algunos se elevaron riendo y jugando con el viento. Otros, melancólicos y temperamentales, optaron por sumergirse en las aguas. Los más caprichosos danzaron salvajes transformados en las chispas que alimentan el fuego. Por último, los más tímidos y de extraña voz gutural, se retiraron al vientre de la tierra e hicieron del país subterráneo su morada.

La abuela concluía este relato con una reflexión peculiar: Debemos ser respetuosos con los elementales y sus voces. Cuando era joven los escuché en el campo. Era un canto que zumbaba y me invitaba a seguirlo... jamás prestes atención a ese murmullo o podrías perderte...

El matiz gélido de su voz no dejaba dudas sobre la seriedad de su ominosa advertencia.

Durante mis años de universidad la abuela padeció un cáncer breve, pero devastador. Dismi-



nuida por la enfermedad, murió convertida en un ser frágil y etéreo como los que habitaban sus historias. De ella heredé la bolsa de runas y su fascinación por el folclorrelacionado con los elementales. Con el tiempo ese interés derivó en una trayectoria académica que dediqué al estudio de los ciclos de la naturaleza. Decidí especializarme en micología. Me seducía el vínculo casi sobrenatural que compartían los hongos con la historia de la Tierra desde sus etapas más tempranas. Había evidencia de su presencia a lo largo de todas las eras geológicas. Los fósiles de micelio más antiguos databan de 700 a 800 millones de años. Pero su origen permanecía como un misterio nebuloso. No son plantas. Ni animales. Por su complejidad merecen un reino aparte. A la luz de mis estudios las narraciones de la abuela adquirieron un nuevo misticismo. Por ejemplo, podía interpretar en la leyenda del cadáver del gigante una explicación primitiva para la descomposición de la materia orgánica en los ecosistemas. Bajo esa lógica, los niños que brotaron de las entrañas del ogro y se dispersaron entre los elementos podrían equiparse a la reproducción por esporas. No era remoto considerar que los antiguos hubieran adquirido conciencia de esos procesos y se valieran de los mitos para explicarlos.

La pasión compartida por desentrañar las interrogantes de uno de los organismos más antiguos y enigmáticos del planeta me hizo sentir afinidad inmediata por Becky en la facultad de Ciencias Biológicas. Juntas colaborábamos en un proyecto para doctorarnos. Mi timidez embonó a la perfección con su extroversión y casi de inmediato surgió entre nosotras una intensa amistad. Nuestra línea de investigación se enfocaba en un fenómeno que agregaba capas de profundidad a los enigmas del críptico reino fungi. Se trataba de su asombrosa capacidad para comunicarse en códigos similares al lenguaje humano. Entre los hongos existían patrones de actividad eléctrica que se podían codificar como un vocabulario. Hasta el momento algunos investigadores habían logrado registrar frecuencias equivalentes a 50 palabras y estábamos empeñadas en descifrar muchas más. Divertidas y emocionadas nos preguntamos ¿acaso los hongos serán capaces de elaborar frases? y si es así, ¿de qué hablan?

Para nosotras era importante observar la simbiosis y conexión entre los especímenes en ambientes controlados y en su hábitat. Con relativa frecuencia salíamos en viajes de recolección para tomar muestras y hacer mediciones de sonidos bioeléctricos en distintas condiciones. Los sonidos que habíamos conseguido captar conectando sensores a la delicada piel de las escamas de las setas desafían a los sentidos. Parecían melodías de otro mundo. Nuestra teoría era que su críptica cadencia contenía los enigmas del lenguaje del bosque. Toda una red de ondas y vibraciones transmitiendo mensajes subterráneos que ansiábamos traducir.

Habíamos recibido un reporte sobre la presencia de una plaga en las profundidades de un área forestal. Normalmente nos organizábamos para ir acompañadas de colegas o amigos a nuestras expediciones, pero en esta ocasión algo más allá de nuestros intereses académicos se encontraba en juego. Desde hacía tiempo Becky colaboraba con un grupo de activistas dedicado a desenmascarar a grandes corporaciones y su estafa de esconderse detrás de campañas eco-friendly para ocultar el impacto negativo de sus industrias. Investigaciones como la nuestra po-



drían resultar valiosas para arrojar datos sobre el daño al subsuelo. Vimos en aquel reporte una oportunidad insuperable para llevar nuestro equipo de audio y registrar los patrones sonoros de un bosque enfermo.

Becky defendía con pasión la causa activista. Pero mis sentimientos al respecto eran ambivalentes. Había escuchado rumores sobre la reciente desaparición de algunos ecoactivistas. Se decía que sus indagaciones incomodaron a quienes no debían. El sitio de su desaparición se encontraba relativamente cerca de la reserva a donde planeábamos ir. Dos cuestiones me motivaron a apaciguar mis temores. La primera era que no deseaba dejar sola a mi amiga en este viaje, considerando los riesgos implicados. La segunda se relacionaba con razones mucho más egoístas. Unos días atrás, un contacto de Becky había enviado al laboratorio uno de los brotes que parasitaban en el bosque. Jamás había examinado algo semejante. Se trataba de una escama negruzca, porosa y enroscada. Su parecido con una oreja humana era innegable. El informante reportaba haber encontrado más especies con esas características creciendo por la zona. Debía de tratarse de algún tipo de mutación. Al conectar los sensores a la muestra, supe que me encontraba ante algo extraordinario. Los sonidos que aquel organismo producía eran lo más raro que había encontrado en mis investigaciones. Contrario a lo que se podría pensar, no era disonante. Ni desgradable. Su vibración era tan profunda y primigenia, que sólo pensé en apresurarme a investigarla de primera mano antes de que alguien nos robara el hallazgo.

Para este tipo de expediciones lo mejor era salir al alba. La reserva se encontraba en un sitio remoto y de difícil acceso. Los guardabosques ya estaban avisados de nuestra visita y fueron enfáticos al indicarnos que debíamos aprovechar al máximo las horas del día. Comprendimos que nadie estaba dispuesto a internarse en ese sitio al anochecer y si algo ocurría tendríamos que arreglárnoslas nosotras solas. A pesar de las advertencias, confiábamos en que llevábamos el equipo necesario y contábamos con años de experiencia como campistas y senderistas. Pasará lo que pasará, planeábamos retornar a la ciudad antes del atardecer, se podía decir que sólo haríamos un sondeo y recolectaríamos más de aquellas muestras tan peculiares. Becky incluso ya estaba hablando de abrir una botella de mezcal más tarde en su casa y comprar unas cervezas para relajarnos. Yo me limitaba a observar por la ventana el paisaje que discurría a los lados de la carretera, un difuso manchón de pajares y cerros sombríos coronados por un puñado de estrellas pálidas, que pronto dio paso a un camino primitivo de terracería bordeado por la sombra alargada de pinos alineados y severos como guardianes adustos.

Al llegar, la luz impasible de la mañana aún era débil y no alcanzaba a calentarnos. Avanzando entre la niebla matinal nos supe intrusas en aquel paisaje tan quieto. Gotas heladas de rocío pendían de las ramas como pequeños espejos. Sin duda el bosque aún dormía y lo importunábamos con el crujir de la hierba bajo el peso de nuestros pasos. Detecté incontables ojos siguiendo nuestros movimientos. Huecos y sin párpados, brotaban solemnes de cada tronco. Nuestra presencia en aquel santuario de árboles no pasaba inadvertida y yo prefería andar con respeto.



Becky por su lado se mostraba ajena al ambiente inhóspito en el que nos adentrábamos. Al verla tan desenfadada recolectando muestras de podredumbre, me sentí tonta y procuré ignorar mis paranoias. Pero no lograba sacudirme el eco de los relatos de mi abuela, sobre aquello que acecha en lugares donde la presencia de los humanos no es del todo bienvenida.

Unos pasos más adelante la devastación en el área era evidente. Un tono oxidado se extendía como sangre seca manchando el follaje de los pinos y abedules acomodados en círculo, bordeando un claro. Sus agujas lucían quemadas y quebradizas. Incluso algunos de los árboles se encontraban caídos. Los tocones exponían algo parecido al veneno que corría por sus venas. Era un diseño laberíntico que combinaba anillos de un tono sucio y rojizo con otros oscuros como la brea. Sólo tuve que avanzar unos cuantos pasos para toparme de bruces con una visión que parecía una broma sádica de la naturaleza. La muestra que estudiamos en el laboratorio sólo era un adelanto de la invasión de siniestras figuras micóticas que proliferaban en el bosque. Dedos, manos, orejas, narices, bocas e incluso brazos completos extendidos brotaban entre los troncos y raíces. No podría llamarle pareidolia a ese fenómeno, porque lo cierto era que parecían figuras talladas con minucia hasta el último detalle. Tan inmóviles e impersonales. Lo más desconcertante era que se trataba de organismos vivos. Se suponía que Becky ya se encontraba por allí. Ella se había adelantado unos metros y ahora la buscaba para saber sus impresiones acerca de la visión alucinante que tenía frente a mí. Pero no había señales de ella. En cambio, un murmullo monótono y grave comenzó a acariciar mis oídos. Al principio fue sutil, pero después cobró fuerza. No se requería de audífonos, sensores, ni ninguna clase de equipo especial para captarlo. Su vibración me envolvía y un calor especial se apoderó de mis extremidades. Aquello no era humano, ni animal, ni vegetal. Sólo era enloquecedor. Antes de poder abrir la boca, mi visión fue cubierta por un abismo negro.

Ha pasado casi medio año desde los eventos ocurridos en el bosque. Sin rastro que seguir, las autoridades no tardaron en catalogar el incidente como una desaparición más relacionada con la delincuencia. Por mi parte llevo meses estudiando los registros sonoros que captamos aquel día. Repito una y otra vez las grabaciones con la esperanza de encontrar pistas que arrojen luz sobre el horror de nuestra experiencia en la reserva. Mis horas de descanso han sido escasas. Me acosan sueños en lo que veo a Becky descomponiéndose en el suelo húmedo del bosque. Su cuerpo desnudo cubierto por musgo aparece convertido en el sustrato sereno sobre el que proliferan setas de todos los tamaños. Siempre despierto asustada recordando el momento en el que el pitido de la radio me hizo recuperar conciencia en medio de la pesadilla de ese día. El frío de la tierra se colaba por mi ropa y la luna asomaba su sonrisa triste entre la copa de los árboles. Tuve una leve punzada de alivio al escuchar el tono agudo y conocido. Desde algún lugar remoto Becky trataba de contactarme. Pulsé el botón para escuchar, pero sus palabras me resultaron incomprensibles. Un sonido de fondo intenso y magnético ahogaba su voz. Tras varios intentos fallidos para restablecer comunicación, me incorporé gritando su nombre y sólo me contestó



la electricidad del ambiente presagiando una tormenta. Concluí que lo más sensato era pedir auxilio. De pronto la radio volvió a emitir la señal del canal que compartíamos. Era un eco débil, parecido a la estática de la televisión. Poco a poco subió de intensidad hasta ser nítido. Insistente y monótono. Semejante a un enjambre repitiendo una y otra vez la misma tonada. Un alarido humano breve y lejano interrumpió el barullo, pero fue sofocado por el caudal de voces del canto. Después, como si alguien bajara un interruptor. Todo se apagó y cayó un espeso silencio. Esa fue la última vez que escuché a Becky.

Andrea Madrueño

Maestra en teoría psicoanalítica por el colegio de Psicoanálisis Lacaniano y licenciada en psicología por la Universidad Intercontinental. Actualmente practica el psicoanálisis en su consultorio privado. Sus textos han sido publicados en antologías y medios digitales como: Alta Fidelidad (2019), Penumbria #55 Distópica (2022), Antología Medusas (2022), Metamorfosis (Especulativas, 2022), Antología de Ciencia Ficción (Cósmica Fanzine, 2022), Penumbria #56: Cuento fantástico (2022) y Siniestras: Antología de cuentos de mujeres que incomodan (Especulativas, 2022).





EL CÁNTICO DE LOS ESPÍRITUS ANCESTRALES



A orillas del apacible río Amazonas contaminado de petróleo, los cánticos a la luz del fuego se detuvieron al escuchar un ensordecedor estrépito que provenía del cielo. Al instante, muchos hombres y mujeres de esa comunidad asháninka comentaron, con placentera satisfacción, que ese sería el anuncio que anticipaba una inminente tormenta, que traería consigo la tan ansiada lluvia que, después de tanto tiempo de sequía, ayudaría a crecer los debilitados cultivos.

Incluso esa mañana Apari, el chamán más longevo de la comunidad, mientras leía su futuro en La Planta, había creído observar en su alucinada visión —aunque de manera borrosa— una señal positiva a presentarse en el futuro próximo, un buen augurio que se avecinaba.

—¡La Tierra escuchó nuestros cánticos! —dijo Akani, una famélica niña emocionada, en la hermosa lengua asháninka, a su mamá.

Su madre, agradecida por lo que creía era un milagro caído del cielo, asintió con una sonrisa y la abrazó.

—Ahora sí podremos comer las frutas que hace tanto nos faltan.

Pero esa momentánea felicidad no tardaría en desvanecerse al escuchar de forma mucho más nítida lo que traía el sonido proveniente del cielo. La comunidad entera se alertó cuando descubrió de dónde provenía ese estruendoso sonido que maldecía el silencio de la selva: eran unos motores los que impulsaban ese insopportable ruido de turbinas. Mientras la nave descendía, algunos hombres y mujeres fueron hacia sus cabañas para recoger —por precaución— sus arcos y flechas.

Una rampa se desplegó antes incluso de que las patas de la nave —parecidas a las de una araña que se sostiene gracias a tela pegada en el firmamento— pisaran tierra firme. De la iluminada nave con el logotipo de Brandon Corp. bajó una persona enfundada en una escafandra-armadura de fosforescente color naranja. Portaba además una bandera blanca. Quienes habían sacado sus arcos y flechas estaban preparados: le apuntaban, prestos a defenderse ante un ataque.

El hombre de la escafandra-armadura levantó los brazos, dando la señal de estar desarmado.

—Mi nombre es Rayo —dijo.

Su voz no era directa —pero sí claramente audible— porque el mecanismo de su traje inteligente se encargaba de traducir artificialmente las palabras que el portador emitía al idioma vernáculo de la comunidad.

—Necesito su ayuda. Espero que puedan apoyarme.

La niña Akani, temerosa de la llegada del extraño, se resguardó detrás de las piernas de su madre como sospechando malas intenciones en las palabras del foráneo.

—No se asusten de mi traje —dijo Rayo, mirando a la niña—. Quiero decirles que vengo en son de paz. Deben saber que, para los que nos fuimos, el aire de la Tierra es mortífero e irrespirable; por eso dependemos de un traje que nos suministre oxígeno limpio de impurezas terrestres. Como les decía, solicito con urgencia su ayuda.

Apari, el anciano chamán de la comunidad, le preguntó sin rodeos:

—¿Qué quiere? ¿Qué busca de nosotros?



—De donde vengo, allá arriba —Rayo señaló el cielo—, necesitamos algo que ustedes tienen en abundancia.

Rayo era un emisario de Brandon, el gurú tecnológico que, después de una campaña colonizadora de fundación de ciudades inteligentes —que le tomó pocos años, debido a la intensiva explotación de mano de obra esclava—, ahora gobernaba en Marte con sus propias leyes. Pero ya estaba enfermo, a punto de morir.

—Necesitamos la Planta.

La Planta era un alucinógeno natural exclusivo de los asháninkas que, según su cosmovisión, poseía cualidades mágicas para curar enfermedades. Los médicos que atendieron a Brandon intentaron de todo para curarlo; sin embargo, los métodos de la medicina occidental y oriental que emplearon resultaron inútiles. Por eso, la orden que le dieron a Rayo era ir a conseguir La Planta en el abandonado Sur de la Tierra. Luego de la larga búsqueda de otros remedios, era lo único que creían podía sanar a Brandon.

Ubicado en un sector del planeta que fue cruelmente devastado a consecuencia de la contaminación producida por las actividades extractivas, el territorio amazónico fue también progresivamente despoblado a causa de la agresiva campaña mediática promovida por Brandon para poblar Marte.

El viaje todo incluido, lo anunciaban en las redes sociales, sería pagado por Brandon —pues la aerolínea interplanetaria era de su propiedad—. Sin embargo, aquellos que llegaron a Marte de ese modo no leyeron las letras pequeñas del contrato que firmaban y se vieron forzados a trabajar con pagos irrisorios en horarios extendidos en las colonias marcianas. Le vendieron su alma.

—Y, por supuesto —añadió Rayo—, ahora nos tienen que ayudar a conseguir La Planta. De inmediato. En este mismo momento.

De la nave bajó una amenazante tropa armada, vestida con escafandras de color verde militar, apuntando con sus rifles.

Los hombres y mujeres con arcos y flechas miraron a esa tropa —que portaba modernísimas armas de fuego— sin miedo, dispuestos a resistir.

El anciano chamán, convencido de la borrosa visión que lo poseyó esa mañana mientras leía la Planta, recogió un morral artesanal que tenía en el suelo. Tomó un poco de la Planta que allí guardaba y se la llevó a la boca. Empezó a masticarla. Luego, mientras la tropa militar de Brandon Corp. le apuntaba, se acercó a Rayo.

—Aquí tiene la Planta —le dijo el chamán entregándole el morral—. Tómela. Hay más en lo profundo de nuestra selva. Si gusta, lo acompañó. Seré su guía en este viaje.

Rayo se sorprendió de la docilidad del anciano.

Al mismo tiempo, la comunidad dudaba. ¿Por qué el viejo entregó tan fácilmente La Planta si ellos estaban dispuestos a sacrificar su vida para salvar lo que les pertenecía? Después de todo, Brandon Corp. fue la principal responsable, a través de sus empresas petroleras y de extracción de minerales, de la contaminación que destruyó el hogar de la comunidad, de nuestro hogar.



El chamán sabía que estaba en su territorio, jugando de local a orillas del río Amazonas. Entonces dio un aplauso y empezó a entonar el cántico. Con unos gestos, motivó a los demás miembros de la comunidad a seguirlo. Al principio ellos recelaron de su entusiasmo, pero el ritmo les transmitió confianza. Así que lo hicieron y algunos hasta dejaron sus arcos y flechas en el suelo.

La tropa de Brandon Corp. estaba desorientada. Pensaron que la comunidad iba a ofrecer resistencia y estaban decididos a exterminarlos a todos, como les había ordenado Rayo, pero el anciano y toda la comunidad parecían celebrar la inesperada visita con afabilidad.

En ese momento de desconcierto, la niña Akani lanzó un silbido en medio del canto. A su llamado, salió una ciclópea y escamosa anaconda, mutada tras alimentarse de los residuos tóxicos que cayeron durante décadas en el Amazonas. La tropa de Brandon Corp. volteó sin poder evitar —aun cuando lanzaron ráfagas de disparos con sus potentes rifles—, ser arrastrada de un coletazo al agua, junto con la nave.

Del temor provocado por aquella criatura enorme, Rayo se orinó dentro de la escafandra, soltó la bandera blanca que tenía en la mano y el morral con La Planta. No le alcanzó el tiempo para correr: las fauces de la gigantesca anaconda cayeron sobre él.

La comunidad continuó durante unos minutos con el cántico de los espíritus ancestrales, dando sorbos de un brebaje preparado con la Planta y, enlazados de las manos, dieron vueltas en círculo. Akani y su madre tenían esperanza; de pronto, unas gotas cayeron sobre sus desnudas pieles. La lluvia que tanto aguardaban había comenzado.

G. Puccio Vega

(Lima, Perú, 1995)

Redactor creativo, periodista independiente y ex librero. Ha publicado relatos en las antologías Necroeroticón (Ed. Diversidad/es) y Penumbria, 2022. Escena del crimen. Microrelatos policiales (Ángeles del Papel Editores, 2021) y la banda sonora de tu vida (Ed. Autómata, 2019) así como en las revistas Penumbria y Chile del Terror.





EL LEGADO DE LOS ESQUELETOS



Todos los días eran el mismo para Salamandra. Se despertaba con una respiración ahogada, un sabor agrio en la garganta y una sensación pegajosa en la piel. Salía de un sueño ónico para abrir los ojos y clavarlos en un cielo macilento. Se revolvía entre dolores, entre respiraciones rasposas, escupiendo flema negruzca y amarillenta, espesa y hedionda. Solo entonces podía forzar algo de oxígeno por su dolorida garganta.

Era aquel mundo, que le odiaba. Salamandra lo sabía y lo aceptaba. Era su herencia, al fin y al cabo.

Se agitaba, quitándose el exceso de aceitosa ponzoña. El poco pelo que le quedaba, recogido en grandes rastas de pura mugre, le chocaba en el proceso contra la piel, imposiblemente pálida y fina. Entonces, decidía continuar, andando hacia ningún lugar, usando el antediluviano instinto de todo ser vivo de avanzar en busca de algo mejor. O de algo a secas, depende de lo desesperado que te encuentres.

Caminaba a paso cuadrúpedo, pues había olvidado cuando los suyos se alzaban como gigantes, cuando se erguían con orgullo y portento. No se le podía culpar, no lo había vivido nunca. Se había criado cuando los suyos no eran más que escasos perros sarnosos, con la suspicacia en la mirada, las zarpas siempre al ristre. Cuando la comunidad no eran más que mordiscos y bufidos, cuando el individualismo los sumió en lo negro. Cuando todos se odiaron hasta que solo Salamandra quedó.

Continuó avanzando entre montañas de limo negruzco. A lo lejos, podía contemplar torres que se extendían como esqueletos de ballena. Sabía qué eran, lo había leído en un libro, hacía mucho. Era de lo poco que se distinguía del antiguo tomo, y había tardado muchos sueños en descifrar su significado. Se sentía orgulloso, igual que cuando lo hizo con salamandra, que era una palabra bonita, como una escalera de sonidos.

Sa.

La.

Man.

Dra.

Perfecta. Como una sinfonía, como un eco de cuando todo encajaba.

Para la joven mente del chico, que no había visto más allá del gris horizonte, las estructuras no eran imponentes, ni siquiera tristes. No, tan solo eran patéticas, ridículas, un intento de imitar esa gloria pasada e inalcanzable, como la de las palabras bonitas, la que ya solo recordaban los esqueletos.

De esos había muchos también. A veces, los huesos estaban recubiertos de momificada piel y músculo, formas retorcidas e incomprensibles. A veces, de la tierra surgían árboles ensortijados, con largas y afiladas ramas vacías, como zarpas de espectro.

Todo, como siempre, recubierto de negro, como el humo que se masticaba en la atmósfera, que manchaba la vida por dentro hasta reclamarla como suya.

En cierto momento, la entrenada vista del chico detectó algo. Hundió el brazo hasta el codo



en una poza de negro hediondo y sacó una bolsa de plástico. La abrió con sus uñas rotas y sacó unas pequeñas semillas saladas que devoró con avidez. Los labios se le resintieron en una boca pastosa. Se sentó a disfrutar del sabor con tranquilidad bajo el imperturbable sol grisáceo. El frío perenne logró atravesar las costras de mugre. Sus pequeños ojos contemplaron una vez más el incierto horizonte. Inabarcable, imposible. Volvió a escupir flema espesa. Aquel era el mundo que había heredado y, como cualquiera que desconoce el pasado, era todo el mundo que necesitaba.

Cuando terminó, decidió continuar su insulso peregrinaje, sin interacción alguna más allá de la que le ofreciera el decadente paisaje, muerto y putrefacto. Justo antes, tiró la bolsa de plástico al suelo.

Las viejas costumbres nunca mueren.



Carlos Ruiz Santiago

Escritor, director y guionista. Ha publicado las novelas Salvación Condenada, Peregrinos de Katak y Ceniza en las venas. Ha sido publicado en antologías como Crann Bethadh, Devoradoras, Transfórmate o muere y en revistas como La Cabina de Nemo, Ab Terra Flash Fiction. Redactor en la página web Dentro del Monolito. Ha participado en cortometrajes express como Ubrique de cine o Castilblanco y acción, así como otros creados por cuenta propia.





FÉNIX EN GRANITO



Era el valle que Semiramis había visitado de niña. Ubicado entre dos estribaciones montañosas, lleno de árboles, un río lo cruzaba a la mitad y había terrenos escalonados, incluyendo una meseta donde se erigía un largo y enorme muro de granito

—Tal como me lo describiste —le dice Minerva a su compañera cuando la alcanza a la entrada del valle—. Aquí podremos refugiarnos, esperar, crecer y enseñar, ser un fénix.

—Mamá, que en paz descanse, conocía el valle por sus viajes como geóloga. Me buscó antes de que la plaga arrasara su ciudad para recordarme tanto ese viaje como su sueño: cerrar casi todos los pasos para ocultarlo del resto del mundo. Hay que apurarnos, los demás nos alcanzarán pronto.

Minerva está de acuerdo. Salieron a las carreras del último lugar cuando los pobladores intentaron cercar al grupo. Semiramis ya se las olía, estaban preparados y aún así sufrieron un par de bajas. Jessie, la francotiradora, tuvo que esperar escondida en el camino para cubrir la retirada. Tras aniquilar a dos docenas de perseguidores, el reyezuelo de ese puebluco desistió de perseguir al contingente de Semiramis y Minerva, compuesto en su mayoría por mujeres, que ya veía como harén o negocio particular.

—Para evitar las crecidas del río podremos poner por allá las cabañas. Los cultivos empezarán en la base de la meseta en un esquema escalonado.

Minerva conoce bien el plan trazado por su compañera, así que deja vagar la mente. Dará su propuesta de cómo preservar los tomos de la Encyclopaedia Britannica en cuanto lleguen los demás. Lamenta haber perdido a dos acompañantes y sus tomos. Será un hueco que ya verán cómo cubrir.

II

Cuarenta años después, Jessie y su pupila están al acecho desde su posición como vigilantes mimetizadas en una colina. Jessie no tiene la precisión de antes, pero sí el colmillo y la paciencia de décadas. Sigue cuidando el único acceso al valle como se le encargó desde que llegaron. Hoy espera entregar el liderazgo a Diana, la hija menor de Semiramis y Minerva.

—Maestra Jessie, ¿nota la sombra al borde de la tercera curva? —le comenta Diana mientras le pasa los binoculares—. Es una fila de unos diez varones. Vienen con rifles, metralletas y pistolas. ¿Elimino a todos?

—Deja heridos a los dos más jóvenes —Jessie le contesta mientras observa al contingente—, el que lleva la chamarra azul y ese con el pecho descubierto pintado de blanco.

Diana toma el rifle, ajusta y sigue con precisión las instrucciones que le dieron.

—Si tus madres vivieran, estarían muy orgullosas. Vamos, corre con las demás y avisa que hay dos posibles consortes. Ya veremos quién selecciona a quien, urge tener más descendencia —termina Jessie mientras elimina a otros dos invasores armados que surgieron de la retaguardia.



III

Décadas han pasado y Diana está en su lecho de muerte. Junto a ella se encuentra Rafael, quien trata de no llorar, tomándola de la mano. Los nietos de ambos los observan con curiosidad.

—Y, ¿me perdonas el que te haya disparado ese día en el bosque? —susurra débilmente Diana.

—Desde hace mucho tiempo que lo hice, ¿no te acuerdas? Si amaste mi cojera que tú causaste, ¿cómo no te iba a perdonar?

—¿Es cierto que Sofía y su grupo regresaron de la expedición al este? ¿Los encontraron?

—Ya regresó nuestra hija. Sólo consiguió uno de los tomos, algo maltratado, pero ya estamos copiándolo. También obtuvieron unos mapas plastificados. Ella prepara otro viaje a la ciudad de donde vino Mamá Minerva. En su vuelta lograron divisarla a la distancia: parece que se salvó de la plaga y de la destrucción, así que puede que encuentren el otro tomo.

Diana sonríe al escuchar a Rafael. Suspira por última vez mientras su compañero, con los ojos llenos de lágrimas, la abraza amorosamente.

IV

Deanna llega al puente erigido después de que volaron la cornisa en el mayor ataque que sufrió el valle varios lustros atrás. Esa vez casi quinientos invasores cayeron al fondo del barranco. Hoy, en la nueva senda, hay una larga fila de jóvenes vestidas con túnicas y coronas de flores.

—Maestra —la recibe Jes, la madura vigilante líder—, estas son las candidatas que arriban con la primavera.

La aludida está acostumbrada al protocolo establecido por Sofía, su tatarabuela, cuando fundó la Primera Academia, ahora la Universidad. Todas ellas provienen de los campamentos y asentamientos donde las Institutrices del Valle Fénix han sido aceptadas tras años de predicar y demostrar las enseñanzas. No siempre son bien aceptadas, pero han logrado extender su influencia. A cambio de aceptar una voluntaria, se solicita cooperar con insumos para ella y dos personas más mientras permanezcan en el valle.

—¡Bienvenidas! —Deanna saluda como es la costumbre—. Hoy iniciarán un ciclo que durará varios años y, si terminan, serán nombradas maestras. Hagan el favor de acompañarnos.

El grupo la sigue dejando atrás la senda y el puente. Ella toma por el camino que da al valle, pasa por los arcos que atraviesan las murallas de defensa y luego se dirige a la derecha. Sube una colina y luego otra más, asciende unas amplias escaleras que llegan a la meseta que fueron el sueño de Minerva. Se sitúa frente a la pared de granito que ahora no está lisa ni con accidentes naturales.

—Como un recordatorio de lo que sabemos, la Enciclopedia que las Fundadoras nos trajeron fue esculpida en la pared que está a mis espaldas. Este será el conocimiento que ustedes tomarán y llevarán para entenderlo, difundirlo, devolverlo, esculpirlo y así evitar los errores que genera-



ron la plaga como la caída que casi nos aniquila.

Deanna observa a la multitud de voluntarias, jóvenes menores de veinte años que observan admiradas el muro con sus textos y dibujos. También nota su determinación.

—¡¿Estamos listas?! ¡Es momento de empezar! —dice, mientras agradece en silencio a todas las que la precedieron para llegar a este momento y, quizás, continuar en paz hacia el futuro.

Eduardo Omar Honey Escandón (Méjico, 1969)

Ingeniero en sistemas, autor de Códex obsidiana y Cósmicos Espejos Humentantes. Publica constantemente en plaquettes, revistas físicas, virtuales e internet. Textos suyos fueron primer lugar o finalistas. Ha sido seleccionado para participar en diversas antologías. Imparte talleres de escritura para la Tertulia de Ciencia Ficción de la CDMX. Pertenece a la generación 2020-2021 de Soconusco Emergente.





FRANKENBURGER



Recibí un inquietante mensaje de parte de BurgerMc en el cual solicitaban mi presencia. No la franquicia local, sino la corporación internacional. Me pedían investigar el caso de unos asesinatos contra empleados de sus laboratorios. Acepté porque últimamente no he tenido casos, salvo un par sobre esposas celosas que me pedían pruebas de infidelidad de sus parejas.

Al llegar a las oficinas, me recibió el CEO transnacional, de quien no puedo decir que tuve el gusto de conocer, porque la reunión duró menos de tres minutos; solo me entregó un sobre y un teléfono para comunicarme con su asistente. Contenía lo siguiente:

1. Antecedentes históricos de la fusión Burger King y McDonald's (hoy conocida como BurgerMc).
2. Los detalles del Proyecto Hamburguesa Genética, carne producida in vitro a través de células madre, el cual se le llamó popularmente como Frankenburger, nombre que no agradaba a la transnacional.
3. Acuerdos internacionales, el Convenio del Nuevo Kyoto y la legislación vigente de este país, compromisos para erradicar la ganadería vacuna masiva, etc.
4. La situación del calentamiento global y los indicadores que se deben alcanzar para revertir la situación apocalíptica, especialmente en torno a la industria ganadera mundial.
5. Mapeos sobre supuestas actividades clandestinas de ganadería a gran escala en el país; informes sobre economía del mercado negro de la carne y de otras industrias afines, como las tortas veganas. Y otros documentos anexos.

A principios del siglo, el World Watch Institute de Washington identificó que más de la mitad de las emisiones de gases de efecto invernadero procedía de la ganadería a nivel mundial, la cual, además, utilizaba cuatro de cinco partes de la superficie agrícola del mundo y consumía, para los animales, el 40% de los cereales. Además, sus pedos representaban casi el 15% de las emisiones de gases de todo el mundo. En aquellos años, para producir una hamburguesa se requerían 2,400 litros de agua, pero para un kilo de cereales se requería la mitad.

Cuando aumentó dos grados la temperatura global, los países se empezaron a preocupar y exigieron acciones concretas. Las tortas veganas fueron el primer punto de concordia entre las dos transnacionales, pero no fue suficiente. Entonces surgió la opción de la carne in vitro. El problema era su alto costo. En sus inicios, cada hamburguesa con esta tecnología costaba 33 mil dólares.

Ante la amenaza de la bancarrota, la fusión BurgerMc compró por 120 mil millones de yuane s la patente de la Frankenburger y aceptó las convenciones internacionales que imponían un plazo de treinta años para erradicar la ganadería masiva. Lo aceptaron porque tenían suficientes reservas ganaderas, que, más o menos, se consumirían en ese lapso esperando que para entonces se abaratara el costo de la carne in vitro. Al principio consideraron que de cada célula madre de vaca se podrían obtener hasta 10 mil kilos de carne, una proyección muy optimista. Poco a poco



mejoraron la técnica hasta triplicar esa previsión. Así, bastarían unas cinco vacas por un área de 100 kilómetros cuadrados para satisfacer las necesidades hamburguesísticas de la población, y esto se terminaba de complementar con las tortas veganas, cuyas patentes ya habían sido adquiridas por la fusión.

El problema seguía siendo la competencia, porque mientras las hamburguesas de BurgerMc tenían un valor de 30 dólares, en el mercado negro se seguían comprando a un dólar y era deliciosa. BurgerMc trataba de hacer de todo para mejorar su sabor. A la fórmula de la hamburguesa in vitro se le agregó azafrán, sal, huevo en polvo y pan rallado, además de jugo de remolacha, para imitar el color del sangrado de la carne animal. Pero no logró convencer a los consumidores.

Es por ello que BurgerMc me contrató para dar con los productores ilícitos en este país, uno de los últimos reductos del mercado negro, que incluso exportan a países más desarrollados. Pero todo ello conlleva un serio peligro, ya que en torno a esta actividad ilícita se reportan una serie de desapariciones y asesinatos. Los primeros fueron las autoridades sanitarias, luego, empleados de la franquicia, llegando hasta el Ejército Nacional.

En el expediente que se me otorgó, incluían una serie de mapas de supuestas ubicaciones de estos reductos ganaderos que se encuentran en el subsuelo, apoyados en tecnología que simula iluminación solar natural. También me aportaron estudios satelitales en los que han logrado determinar fuertes emisiones de gases invernadero.

Para empezar, me puse a identificar alguna pista de las recientes desapariciones. Geográficamente, no había ningún patrón. Los crímenes se producían en lugares muy dispares.

Los mapas referidos por el informe de BurgerMc sobre las supuestas granjas ilícitas subterráneas habían sido descartados por las autoridades, sobre todo, porque las imágenes satelitales no coincidían con el origen de las emisiones de gases. Pensé que únicamente esos rastros subterráneos podían ubicarse en los búnkers creados durante la crisis de los misiles nucleares, aunque la mayoría tenía espacio solo para tener una o dos vacas, lo cual no sería viable, por los altos costos del pasto y de la tecnología solar. Para que fuera rentable económicamente se debía utilizar la tecnología para al menos unas cien reses. Además, de esa forma, la reproducción de las reses hubiera sido más difícil.

Lo único que me quedaba era seguir la pista a las desapariciones. Como las ubicaciones no daban un patrón, empecé a indagar sobre las características de estos crímenes. Los secuestrados o con reportes de desaparecidos correspondían únicamente a familias de clases baja y media baja. En el caso de los adultos, la mayoría correspondía a jóvenes adultos, entre 18 y 24 años, también de clases bajas, pero el patrón es que padecían de obesidad, en especial mujeres. En algunos casos aparecían sus cadáveres, pero por la crueldad en que habían sido tratados, solo eran identificables por exámenes forenses de las dentaduras o por análisis de ADN.

Otro de los detalles en común con los desaparecidos es que la mayoría recibía programas de



asistencia alimentaria con atoles y suplementos alimenticios, poco nutritivos y que en general consistían en grasas saturadas que daban la sensación de eliminar el hambre; embutidos sintéticos y grasiertos, y postres altos en azúcares, naturales o químicas. Es decir, se trataba de gente desnutrida, pero con altos contenidos de grasas, enfermos crónicos de hipertensión, colesterol alto y otras enfermedades degenerativas. Y los niños, la mayoría se trataba desde bebés recién nacidos hasta de dos años de edad.

Con esos antecedentes, busqué diez voluntarios: cinco niños y cinco mujeres adultas, en diferentes puntos de la ciudad, que accedieran a que les implantara un chip localizador subcutáneo, no visible a simple vista, y que no pudiera ser eliminado en caso de ser capturados. Obviamente, elegí a voluntarios con sobrepeso, a sabiendas de las preferencias de los secuestradores. No costó mucho convencerlos. Con el ofrecimiento de 2 dólares diarios accedían a la solicitud, además de un bono inicial de 10 dólares. El dinero no era el problema, ya que BurgerMc había destinado una fuerte suma para la investigación.

No esperé mucho en obtener resultados. La primera víctima llegó al día siguiente. La señal del chip geolocalizador lanzó pronto la alerta y fui corriendo a esa ubicación. Sin embargo, una hora después, yo no había logrado llegar, y el dispositivo dejó de funcionar. Continué hacia el destino marcado y encontré a mi primer voluntario muerto. El aparato había dejado de funcionar porque lo habían arrancado y pisoteado a un lado. Temí al principio que por culpa del chip fue que los secuestradores habrían decidido abrirle la piel hasta localizarlo.

De las siguientes dos víctimas ocurrió algo similar. Fue al cabo de una semana que tuve éxito con un niño al que se le activó la señal y no se detuvo. También temí que el aparato se hubiera activado por error o por un juego del menor de edad, que simplemente siguió corriendo por ahí. Sin embargo, el recorrido que estaba haciendo era muy ajeno a su barrio y con mucha celeridad, como si lo llevaran en un vehículo a alta velocidad. Seguí todo el día la señal, hasta que al final de la noche, se detuvo. De esa forma logré encontrar la primera ubicación. Estaba frente a uno de esos búnkeres subterráneos antinucleares. Por lo visto, las suposiciones del informe no estaban del todo equivocadas. Los indicios me decían que los vacatraficantes sí estaban utilizando esos lugares. Me acerqué al sitio y logré encontrar la entrada a la guarida.

Decidí esperar a la madrugada para ingresar. Dormí un par de horas y, como a las tres de la mañana, me acerqué. La casa que daba acceso al reducto era una tienda clandestina de hamburguesas orgánicas de res. Las pistas coincidían. Pese al fuerte negocio del mercado negro y las altas ganancias que generaba, no poseía mayor seguridad. Pude ingresar. No había cámaras de seguridad ni nada por el estilo. Encontré la entrada y desde ya se olía fuertemente la mierda y la sangre. Sin duda que detrás de las gruesas paredes recubiertas de acero, se encontraban algunas reses, vivas y destazadas. Lo que no me cuadraba aún era para qué querían al niño, cuya señal seguía vibrando. Quizá para obligarlo a ordeñar las vacas. Como no hubo nada que me alertara



del peligro, decidí avanzar. La trampilla de ingreso era pesada. Tuve que bajarla muy despacio para evitar que esta cayera pesadamente y alertara los delincuentes. Quería visualizar a las reses para tomarles unas fotos y mostrárselas a BurgerMc y de esa forma evidenciar los avances de la investigación. Pero no encontré ninguna vaca. Quizá tendría que haber visto hasta el fondo, donde creí que estaban. Tampoco encontré una tecnología de simulación solar, ni tampoco había pasto para alimentar a las vacas. Seguía siendo un búnker tal cual se concibió durante la crisis nuclear. Estaba dispuesto a seguir avanzando, llegar al fondo para tomar las evidencias, pero justo unos ojos me vieron y dieron la alerta para que me siguieran. Logré verle el bigote a un hombre como de 40 años, malencarado y afectado por la falta de sol. Solté la trampilla y logré golpearlo, lo que me dio el tiempo necesario para salir corriendo. Lamentablemente, al amanecer el localizador del niño dejó de funcionar.

En los días siguientes, estuve vigilando la casa. Había un fuerte movimiento, parecía que estaban trasladando todo, pero no logré ver ninguna vaca. Tampoco la presencia de niños ni de mujeres. Luego de un par de días sin movimiento, empezaron a llegar personas, que parecían comprar hamburguesas. Decidí arriesgarme.

—Buenas tardes. Disculpe, me refirió Víctor por el tema de las hamburguesas —expliqué, queriendo actuar natural.

—¿Qué Víctor? ¿Qué hamburguesas?

—Lo que venden aquí. Espero no haberme confundido. Víctor es un cliente, que me lleva hamburguesas al otro lado de la ciudad, y me dijo que podía venir a comprar.

—No conozco a ningún Víctor.

—Pues, quizás se llame diferente, pero así es como lo conocí.

—Bueno, solo los clientes saben de este lugar. Si alguien te dijo, es porque es alguien de confianza. Solo te pido que no se lo digas a nadie. Procuramos pasar inadvertidos.

—¿Qué me ofreces?

—Pues la hamburguesa normal, de carne. Si quieres le pongo queso, pero no tengo más.

Hace años que yo no probaba hamburguesas, desde que BurgerMc las había monopolizado. Pregunté cuánto valía y me dijo que un dólar. Pedí una para probar. Estaba deliciosa, tal y como las hacía mi mamá cuando era niño. Pedí diez, pero el límite era tres al día por persona. Me conformé con dos más. Él, por ser la primera vez, me dio cinco, pero insistió en que otro día solo me vendería tres.

El dependiente me pareció amable. Se me ocurrió que, en vez de querer capturarlos con las manos en las vacas, podría ganarme la confianza hasta llegar a ingresar en la red. Me hice cliente frecuente y un día pregunté cómo podía hacerme distribuidor. El dependiente de ese día me dijo que iba a preguntar. Una semana después, me dio un teléfono de contacto.

El contacto me pidió que llegara a un lugar, donde me recogieron en automóvil. Al subir, me



vendaron los ojos y recorrieron por una media hora por un camino. Llegamos y entré a una oficina lujosa. El encargado me exigió total discreción y una serie de documentos: títulos de propiedad, contactos familiares, acceso a cuentas bancarias y un depósito de 10 mil dólares, que no recuperaría sino hasta que yo decidiera abandonar el negocio. En caso de que los traicionara, los perdería, al igual que mis propiedades y mis cuentas bancarias. Me tardé un poco falsificando los títulos y los documentos de las cuentas bancarias, y tomé del fondo para la investigación el dinero, pero preferí no informar de este movimiento a quienes me contrataron.

Así logré ingresar a la red.

Al principio solamente era para distribuir. Me daban las tortas de carne y el resto de los ingredientes para hacer las hamburguesas y podía venderlas. Definieron mi territorio y las explicaciones para fijar costos: desde uno a veinte dólares. No podía meterme en sectores de clases altas donde se compraban a \$300. Ahí solamente podían los altos jerarcas de la red. A mí no me importaba esto, ni siquiera quería vender, pero simulé ofrecer en barrios pobres, donde iba a ganar poco. Como no podía venderlas, me las terminaba comiendo yo.

Poco a poco incrementé los pedidos y me los daban satisfechos, creyendo que me estaba yendo bien. A ellos no les importaba cómo hacía para venderlas. Cuando consideré que me había ganado la confianza, pregunté qué cómo podía seguir creciendo dentro de la organización.

Al cabo de unas horas recibí una llamada y me dieron una cita. De nuevo, me pasaron recongiendo, me vendaron los ojos y me llevaron a otras oficinas. Podía ser supervisor, personal de seguridad, distribuidor a gran escala, tener un mejor sector, traficante internacional, etc. Y yo dije que más bien quería ser productor. Se me quedaron viendo y me llevaron a un cuarto solitario. Ahí esperé como por doce horas. Finalmente, me volvieron a vender y me llevaron a otro lado.

De nuevo estaba en un búnker, pero este era más grande. Parecía que había sido una iglesia con capacidad para albergar a unas 300 personas. Según me dijo la persona que me llevaba, había tenido mucha suerte, porque justo habían estado buscando a alguien para la producción, pero es difícil decidirse por alguien, porque se requiere de compromiso.

El olor a sangre y cebo se volvía insopportable. Cuando se abrió la puerta del rastro, un golpe nauseabundo por poco me hizo desmayar. El que me llevaba me dio una mascarilla, un casco y unos tapones de oídos. El olor se aligeró con la mascarilla, pero el ruido aún seguía con los tapones. Eran unos gritos desgarradores.

Pasamos al lado de unas oficinas y vi en ellas al CEO de BurgerMc que me había contactado para la investigación. Me pareció extraño, pero estaba muy mareado para reaccionar.

Mi guía me hizo señas para indicarme el camino. Seguía sin ver a las reses, pero en el fondo, donde se oían los gritos, había unas puertas, supuse ahí estaban. Lo que sí vi fueron a los niños secuestrados. Estaban encadenados. Seguía sin entender, pero estaba ansioso por ver a las reses. Llegamos a una de esas puertas, donde me enseñaría a obtener la carne. Entramos y la visión



me consternó. En vez de una res congelada, lo que había era el cadáver de un hombre obeso, a quien le estaban rebanando la carne, a modo de que los filetes fueran lo más redondos posible, como para una hamburguesa.

Tardé algunos segundos en asimilar la situación. No había vacas. Las hamburguesas de un dólar se hacían con carne humana y el modo de conseguirla era con gente obesa asesinada y niños que engordaban con suplementos alimenticios altos en grasas saturadas. Intenté sobreponerme para continuar con la investigación. Ya había llegado al fondo del asunto. Aunque era peor de lo que imaginaba, ya podía dar el informe a BurgerMc y desbaratar la red. No solo daría solución para lo que me habían contratado, lo cual me condujo a una situación atroz: ¡nos estaba convirtiendo en caníbales a todos! Al recordar que yo mismo había comido de esas hamburguesas, me dieron ganas de vomitar. Intenté contenerme, pero la indignación y el asco pudieron más. Me quité la mascarilla, me hacía falta el aire. Todos los empleados voltearon a verme. El hombre que había visto en el búnker la primera vez me reconoció, señaló y advirtió a todos. Yo no entendía lo que decía. Me quité los tapones de los oídos, entonces escuché “¡Es un espía! ¡Atrápenlo!”.

No tardaron mucho en someterme, estaba sin fuerzas tras haber vomitado varias veces. Me llevaron a las oficinas donde estaba el CEO de BurgerMc. Empecé a creer que se trataba de un sueño, por la situación surrealista que enfrentaba. Pensé “¿Qué hacía él ahí?”

Lo mismo se preguntó él. “¿Qué rayos hace aquí?” no pude responder. Seguía sin poder respirar. Entonces él me dio una explicación no pedida: “Tan solo queríamos ganar tiempo con su absurdo informe, para que la ONU creyera que estábamos resolviendo el problema, mientras seguíamos mejorando nuestra fórmula. Pero mientras no lo logremos, tenemos que seguir financiándonos con la Frankenburger”.

Así lo dijo. Frankenburger. En sus propias palabras. Yo que creía que la Frankenburger era la clonada, pero en realidad la hamburguesa monstruosa era esta, la de carne humana.

El CEO de BurgerMc siguió alegando. “Por eso contratamos a un detective mediocre para que no averiguara la verdad. Por eso le dimos pistas falsas. ¿Por qué diablos no siguió esas pistas, idiota? Ahora agarren a este estúpido y lo ponen en fila de producción. Pero no vayan a vender su carne, porque no vale ni un centavo. A este me lo cocinan y me lo voy a comer yo mismo”, dijo.



Mario Cordero Ávila

(Guatemala, 1978)

Estudió Licenciatura en Letras y ha trabajado casi veinte años como periodista.





INCANDESCENTE



Vasto el desierto, silencioso, radiante. El sol era una mano inmensa oprimiéndolos. La Lagartija surcaba el suelo a una velocidad constante, despertando al polvo se le adhería al sudor, formando una segunda piel. Por eso el olor permanente era a tierra. Los googles polarizados protegían sus ojos, incluso los de Rufián, y las pañoletas atadas a sus rostros protegían sus pulmones. En las puertas del vehículo un dibujo desgastado: la silueta del reptil coronado por un sol alebrestado. Celia se enorgullecía de su creación: pequeña, eficiente y ágil, la máquina perfecta para recorrer el espacio extremo. Además, podían descifrar el paisaje siempre cambiante con la computadora integrada. Proyectando la información en los cristales de Celia, ésta marcaba un camino entre las colinas y cañones sinuosos. Tenían planeado llegar a la ciudad antes del atardecer.

El hombre en la cajuela, hecho un ovillo sobre su mochila, no se había quejado en ningún momento. Había cumplido con su palabra: ser un paquete más durante el trayecto, inmóvil y mudo. "Cualquier pinche vestigio de algo raro y te mato", le amenazó Celia después de escanearlo y comprobar que no portaba armas o droga; la había convencido de llevarlo a pesar de que ella sólo transportaba bienes materiales.

Era de los mejores correcaminos de la zona, conocía bien los peligros del desierto y estaba acostumbrada a la tensión en sus músculos, pero se distinguía por su instinto, anidado en el espacio entre sus cejas. Su tercer ojo, decían sus conocidos.

Rufián olió curioso al hombre, pero algo más captó su atención y miró fijamente al horizonte. Su instinto superaba el de ella y confiar en él les había salvado de la muerte varias veces. Así que Celia siguió su mirada y notó que el horizonte ensombrecido se alzaba frente a ellos. Rufián comenzó a ladrar y una alarma brotó de las bocinas de la Lagartija.

Un nuevo camino apareció frente a Celia y giró el volante de golpe, acelerando a fondo.

— ¿Qué pasa? —exclamó el hombre asiéndose a los barrotes sobre él con una mano y con la otra protegió su mochila.

—¡Una tormenta de arena! —gritó Celia, apagando la alarma desde los comandos en su antebrazo izquierdo.

El aire y el motor rugieron en sus oídos y sus estómagos se retorcieron. Se sacudieron por la irregularidad del suelo y sólo les aumentó el sentimiento de temblor en los nervios. En el fondo de su mente, Celia sabía lo que el desvío significaba para sus planes y ni quiso pensar en la energía que la Lagartija despilfarraba para escapar.

El aire se densificó a su alrededor, revolviendo el cielo y la tierra con su fuerza, nublándoles la vista. De las planicies del valle llegaron a las faldas de unos cerros y se adentraron a las pendientes, escalando entre las formaciones de las rocas.

Se detuvieron a la señal de la computadora. Celia bajó de un salto, gritándole indicaciones al hombre. Sacaron víveres de la cajuela y accionaron los mecanismos de resguardo del vehículo. Unas láminas se desplegaron sobre la Lagartija y la cubrieron como una coraza; unas estacas se



clavaron en la tierra para evitar que saliera volando o que alguien se la llevara.

Corrieron cuesta arriba, Rufián al frente, el hombre abrazando su mochila, y Celia detrás de él cuidando de que ninguno resbalara, siguiendo las indicaciones de la computadora hasta una abertura donde la colina se empinaba bruscamente. Su derredor se extinguía en el polvo fino. Entraron a la oscuridad, Celia extrajo una manta de su mochila y entre los dos la martillaron en la roca para cerrarle el paso al polvo. Y funcionó.

La calma interior parecía resonar en su exhausto interior y se desplomaron al suelo en la penumbra. Celia encendió una lámpara y la cueva se iluminó en tonos ocres. El espacio no era más grande que un camión de pasajeros. Se quitaron el equipo protector del rostro y Celia revisó la computadora en su antebrazo: la Lagartija le indicó que la tormenta tardaría varias horas en pasar, y viajar en la noche no era una opción. Se tragó una maldición y resignada ahogó su malhumor dándole unas palmadas a Rufián. El hombre, mientras tanto, se había sentado con cuidado colocando la mochila dentro de sus piernas cruzadas.

—¿Cómo están? —preguntó Celia, recuperando el aliento. Sintió un olor a óxido en su nariz.

—Creo que bien —respondió ronco y tosió. Desató la apertura de la mochila de manta y descubrió al bebé que, asustado, rompió en llanto al verlo. El hombre se rió por lo bajo, revisó que no estuviera lastimado y lo acunó entre sus brazos. Poco a poco el niño se tranquilizó.

El tiempo pasó. Protegidos por la inmensidad de la montaña y después de tanta ansiedad, Celia y el hombre sintieron que hasta los huesos eran de algodón. La tormenta afuera era apenas un rumor y se dejaron descansar. El bebé curioseó por sus alrededores, vigilado por el hombre, mientras Celia revisó unos planos holográficos de otros vehículos que tenía pendientes de arreglar en la Ciudad. Rufián intentó dormir, pero el bebé lo interrumpía agarrándole las orejas, y le respondió con fingida molestia, haciéndolo reír. Su voz vibró en el aire y llenó la mente de Celia y del hombre. Sintieron como si algo lejano, olvidado, pero jamás perdido, hubiera regresado a ellos.

Eventualmente la fatiga llegó al niño y se acurrucó adentro de la mochila, entre los brazos del hombre. Un silencio abrumador los sobrecogió y él también cerró los ojos, apoyando la cabeza en la pared detrás. Tardó en articular sus ideas.

—No me lo explico... ¿por qué alguien traería un niño a este mundo tan jodido? Es una locura ¿Y luego por qué lo recogí yo? ¿No hubiera sido mejor dejarlo con su familia y que pereciera igual que ellos? ¿Por qué lo dejaron vivo?

Un temblor recorrió su respiración y la vista se le perdió en la oscuridad. Celia reconoció la sombra en ella. Ojos mancillados por la muerte.

—Tal vez no se dieron cuenta —repuso Celia encogiéndose de hombros, se pasó las trenzas de colores por encima del hombro para acomodar su cabeza en la piedra.

Su respuesta hizo que el hombre sonriera con amargura —No tiene nada de sentido que me



arriesgue a todo esto, no sé por qué lo estoy haciendo, pero no puedo detenerme, —bajó el rostro al niño —él no tiene la culpa de nada, no es justo que esté vivo.

—No es justo para nadie.

Afuera, el viento aún removía el desierto como un oleaje vivo. La noche pasó en negro silencio.

El cielo se abrió al día con una luz blanca y filosa. Salieron, y encontraron a la Lagartija convertida en un montículo de tierra. La desenterraron y tuvieron que dejarla un largo rato bajo el inclemente sol para que recargara sus baterías. Mientras tanto se alistaron el equipo de protección ante el fogoso despertar del desierto. Después de comer un poco, el hombre siguió la guía del niño y le ayudó a caminar por entre las rocas, Rufián montó guardia y Celia entrenó con la computadora.

Al verla por primera vez, el hombre se asombró.

—¿No te estorba, o pesa demasiado o...?

Un mecanismo negro, toscos y angulosos como una telaraña viva, se extendía por los brazos y tórax de Celia y continuaba debajo de sus pantalones. Hizo un par de sentadillas hasta el suelo. La única desventaja del exoesqueleto es que lentificaba los movimientos, pero en cambio le daba una fuerza sobrehumana. Tardó años en construirla, pero era la clave de su éxito y supervivencia.

—Te acostumbras. Yo podía preguntarte lo mismo —le respondió y señaló con la cabeza al niño encaramado en la espalda del hombre. Él sonrió.

Encumbrando el medio día, la Lagartija anunció que estaba lista. Se prepararon a ella y arrancaron a toda velocidad.

El atardecer estaba aún lejos. El Desierto amenazaba en su inmensidad estática, un gigante que somete a todos en su sopor. Nadie lo sobrevivía. Pero la Frontera a la Ciudad era distinta, porque en las sombras silenciosas de las montañas se ocultaban los forajidos, los que rechazaron la vida en comunidad y optaron por una violenta libertad.

A pesar de su velocidad, cuando el sol descendió por sus espaldas, la Ciudad seguía lejos. Celia sintió que el corazón se le ahorcaba e ignoró el mapa como si eso fuera suficiente para atajar al crepúsculo.

Pasaron las ruinas de una ciudad, poblada de tolvaneras blancas, y el valle se angostó gradualmente. El calor no se iba como el sol, la alerta les erizaba las manos y los ojos.

En la visión periférica de Celia, a su izquierda, una sombra se movió, y supo que ya no había escape.

—¡Prepárate! —le gritó por encima de su hombro al hombre.

Éste no alcanzó a responderle, una motocicleta saltó sobre ellos desde una colina y se colocó detrás como una escoleta. No traía ningún distintivo de las bandas establecidas y a Celia le bulló



la sangre. Todas las bandas eran nómadas, y había aquellas que se establecieron a partir de algunos entendidos con las Ciudades, pero a las nuevas no les interesaba nada de eso.

Avistaron un retén frente a ellos, señalizados por banderas rojas. El creciente número de motocicletas reconstruidas los obligó a frenar a unos metros de la obstrucción: objetos derruidos formaban una barda en el camino y el grupo completo debían ser unas diez personas. Uno de ellos se apeó de su vehículo y los apuntó con su arma, también reconstruida. Sólo dos de ellos traían rifles, notó Celia y los demás portaban machetes o garrotes. La computadora se empezó a mover, preparándose al percibir la adrenalina de ella.

El silencio era una piedra atravesada en el estómago. Aquellos en la barda se hablaron al oído. El sol incendió el cielo como un grito.

El titubeo de la banda fue la señal para Celia. Su inexperiencia era su única esperanza. Se puso de pie, los nervios electrizados, y se descubrió. Sobre su cuerpo la computadora terminó de ajustarse en una armadura, una serpiente negra y filosa desplegándose hasta cubrir todo su cuerpo. Los forajidos se retrajeron un poco, sorprendidos por el arma, desconocida y extraña.

Los latidos de Celia hacían vibrar el metal. Eran un solo ente, fusionados en lo más profundo de su cerebro.

Un alarido quebró el aire. Agudo, pequeño y confundido. El hombre intentó calmar al niño, pero era demasiado tarde.

La banda estalló en carcajadas y vitoreo. Y se aproximaron sin prisa ni freno.

Rufián brincó al cofre de la Lagartija y ladró furioso.

—Las armas están debajo de los asientos —le indicó Celia, aprovechando el ruido—, no tengas compasión.

Imitó a Rufián y corrió hacia la persona más cerca que tenía un rifle. Lo alcanzó y con una mano estrujó el arma, mientras con la otra lo lanzó al suelo.

Dejó que la llama blanca de la ira se apoderara de ella. Cuerpo, mente y máquina eran una sola cosa sorda y feroz. Perseguía y recibía golpes sin sentirlos, moviéndose en una danza de sangre. Noqueó a uno y tres la abordaron de golpe, sometiéndola al suelo. Oyó a Rufián y los humanos ladrar, gritar y llorar. El forcejeo le impedía ver lo que sucedía y la tierra le embarraba la respiración en la tráquea.

Logró desprenderse uno a uno de los hombres sobre ella, los huesos crujiendo bajo el metal y la piel destajándose. Tosió, revolcándose en el piso, a la vez que su instinto le decía que nadie la atacaba ya. Removió su vista por los alrededores desesperada, buscando a Rufián y al hombre, y al bebé y al Sol y a la Ciudad. El perro a lo lejos perseguía y era perseguido por dos forajidos, y otros dos se agazapaban sobre el hombre que se retorcía junto a la Lagartija.

Celia se encaramó sobre sí misma y corrió hacia ellos, rugiendo. Los hombres apenas pudieron reaccionar; cargó a uno de ellos y lo estrelló contra el suelo, y al otro, que se arrastraba



asustado, se le abalanzó. Lo molía a golpes, pero un empujón la interrumpió y se vio de nuevo inmovilizada. Oyó a Rufián cerca, pero le revolcaron la cabeza en el suelo. La alarma de daños y energía le martillaron los oídos. Le ardía el cuerpo desde el interior y había ardor en su aire. El llanto del bebé cimbraba el desierto.

De pronto el peso se liberó y pudo salir de la negrura que la aprisionaba. Se alzó a gatas para presenciar cómo el hombre se abatía con el último de los forajidos. Los demás debieron huir. Sus gritos le recordaron a Celia a un animal, de esos lobos u osos que ya no existían, cuya voz era la misma del mar furioso o del tornado ciego.

Vio cómo los cuerpos dejaron de convulsionar y se detuvieron juntos.

El llanto continuaba.

Rufián le ayudó a levantarse. Fue al hombre, distendido en la tierra como un muerto, su vientre relucía en escarlata. Lo llevó a la Lagartija y lo subió con cuidado al asiento de atrás. El bebé estaba histérico debajo de los asientos y Rufián le lamió las mejillas, gimiendo junto con él. Celia lo sacó y lo acomodó en el asiento del copiloto. El perro lo acompañó. Arrancaron, sorteando los cuerpos negros de los hombres y las piedras y sus armas y la barda desierta.

El miedo le impidió hablar por unos momentos, hasta que escuchó un quejido detrás de ella.

—¡Wey! —le gritó, quiso voltear, pero estaba concentrada en conducir y sólo pudo disminuir la velocidad para escucharse. De entre la bruma del valle y la penumbra del crepúsculo distinguió las ruinas de la Ciudad, y sobre las montañas púrpuras iban apareciendo pequeños destellos, como estrellas frías en la Tierra.

—¿Estoy vivo? Nopuedes... —balbuceó el hombre recuperando el aliento, la mirada desvariada. Se miró las manos y el dolor le crispó el cuerpo. Con esfuerzo se obligó a serenarse y preguntó:

—¿El bebé está bien?

—Sí amigo, está bien, ya casi llegamos a la Ciudad, aguanta.

—¿Me prometes que le buscarás una buena familia, correcaminos? Ya me había hecho a la idea de ser el papá y que el niño se llamara Julián, porque mi madre era Juliana, pero...

—¡No digas pendejadas! —le ordenó Celia—. ¡Mejor ponte a hacer algo útil, el botiquín está en la cajuela!

Rufián se asomó al asiento de atrás. El hombre acercó una mano, le palmeó la cabeza y el perro buscó lamerle los dedos. El hombre empezó a reír y llorar a la vez.

Celia también se rio. Ahora ya lo sabes, pensó, eres como nosotras.

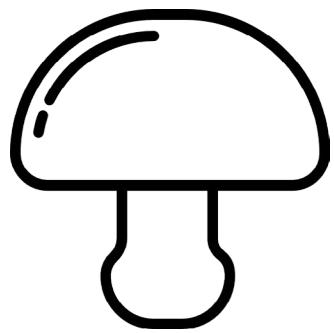
Detrás de ellos el Desierto pareció suspirar cansado.



Ana Marina Ortiz Baker

Nació el 23 de septiembre de 1993 en la ciudad de Monterrey, México. Licenciada en Letras por la Universidad de Monterrey. Maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Guanajuato. Entre sus lecturas favoritas están Walt Whitman, Patti Smith, J.R.R. Tolkien, Úrsula K. Le Guin y Cornelia Funke. Algunos de los temas que más le interesan son: el cyberpunk. El cuerpo, el medio ambiente, los feminismos y la voluntad.







EL SEXTO ÁNGEL



*El sexto ángel derramó su copa
sobre el gran río Éufrates
y el agua de este se secó.*
Apocalipsis 16.12

La Tierra se secaba cada vez más. El color verde del planeta había sido reemplazado por un uniforme color ocre. Después del impacto del asteroide en el año 2022, el agua pasó a ser lo más importante en el planeta. Lucas había crecido en el nuevo mundo y no recordaba cómo era la Tierra antes del impacto.

Había oído historias sobre ríos caudalosos, bosques gigantescos y agua fluyendo por las cañerías. Le costaba trabajo creerlas.

Mientras acompañaba a su padre a recoger el líquido caído durante la noche en los colectores, solía mirar una pequeña agenda que atesoraba. Guardaba allí los pequeños tesoros de una vida que no llegó a conocer. Fotos de sus padres muy jóvenes, ya algo desvaídas y gastadas en los bordes, hojas de plantas que alguna vez habían estado en el jardín de su madre, aunque sus favoritas eran las imágenes de publicidades de películas; las de mayor tamaño las había pegado en las paredes de su habitación.

Le fascinaba contemplarlas, en especial una imagen de Avatar, una vieja película de ciencia ficción. Solía pasarse horas mirando un árbol de colores turquesa y fucsia y unos seres luminosos parecidos a pequeñas medusas que flotaban cerca.

«Tantos colores, tanta vida», pensaba.

Miró a lo lejos el despeñadero donde antes estaban las cataratas del Iguazú; ahora eran un acantilado seco y escarpado, donde ni una gota de agua caía. Solía pensar qué habría pasado, si la mayor parte del asteroide no hubiera caído en medio del Amazonas, el mayor pulmón natural del mundo; la historia hubiera sido otra.

Al entrar a la atmósfera de La Tierra, el meteorito se había quebrado. Esto podría haber sido algo bueno, pero una fatal coincidencia hizo que uno de los fragmentos cayera en cabo Cañaveral, a un kilómetro de donde estaba una nave tripulada, lista para su lanzamiento.

Un experto en informática, de apenas 18 años, multiplicó la imagen del fragmento cayendo sobre varias ciudades de la costa este de Estados Unidos. Fue una broma que salió muy mal. El chico, que fue encontrado en Canadá y detenido rápidamente, había abierto una caja de Pandora.

Alguien de la base aérea de Wyoming, con más poder que cerebro, interpretó esta simulación del hacker como una agresión de alguna potencia extranjera, e inició el protocolo de defensa planeado para ataques terroristas.

Ignorando el formulismo establecido para estos casos, lanzó sin autorización seis misiles nu-



cleares intercontinentales. Las seis ciudades más grandes del mundo fueron reducidas a escombros en segundos. La respuesta de los países agredidos no tardó en llegar y más de las tres cuartas partes del planeta fueron bombardeadas con armas nucleares y biológicas. En menos de tres días el viejo mundo dejó de existir.

A pesar del cansancio, Lucas preparó su mochila y fue al colegio. Sus padres siempre le decían que el conocimiento sería lo único que salvaría a este mundo destruido.

No podía creer que nadie encontrase una manera de conseguir agua y de regenerar las selvas y bosques destruidos. Quizás esa situación fuese irreversible y el nuevo mundo ya estuviese condenado a morir.

La biblioteca de la escuela era un sitio oscuro, pero al menos era un lugar fresco. Las ventanas estaban tapiadas; sin esa barrera, era imposible mantener los ambientes alejados del polvo y el calor sofocante del exterior.

Recorrió con la mirada las estanterías y, como hacía siempre, su mano fue acariciando los lomos de los libros. Se miró los dedos, sucios por el polvo que cubría los textos, y se los frotó fuertemente contra sus jeans.

Alegato a Marte, de Robert Zubrin, era uno de sus favoritos; Lucas tenía una extraña fascinación por ese planeta desde que su padre le había contado que se abortó la misión Mars One por la caída del meteorito. Solía imaginarse los satélites de comunicación enviados en el 2018, mandando datos que ya nadie recogía.

Un ruido lo sobresaltó mientras leía ensimismado. Era Rosario, la portera del colegio, que a modo de saludo le hizo una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—¿Siempre metido en Marte, vos? —inquirió, sonriéndole.

Un brusco movimiento de su brazo hizo que el libro cayera al suelo. Un amarillento papel que tenía anotaciones que él no pudo interpretar, se deslizó de dentro del libro.

Las horas en la escuela se le hicieron eternas. Miraba el papel, tratando de comprender lo que decía, pero no lograba descifrarlo. Apenas sonó el timbre de salida, Lucas se fue corriendo hasta su casa.

—¡Mirá! ¿Qué pensás qué es esto? —le preguntó a su padre, enseñándole el papel que tenía en la mano.

Jotas, como le decían a su padre por llamarse Javier Joaquín, había sido ingeniero aeronáutico en el mundo viejo. Participó de varios proyectos trabajando para inversionistas particulares. Uno de esos fue el Mars One, proyecto olvidado para siempre por la lucha diaria de la humanidad por conseguir alimentos y agua. Jotas miró atentamente el papel y Lucas pudo ver como palidecía.

Su padre fue corriendo a buscar un libro y comenzó a escribir frenéticamente en un cuaderno. Tachaba y seguía escribiendo.

—Papá, ¿qué hacés? —indagó Lucas, intrigado.



Esa noche Jotas se quedó sentado con el papel que había encontrado Lucas en la mano. Tenía una mirada extraña; sonreía mientras unas lágrimas le caían por la cara.

Lucas renegaba una mañana con un colector de agua que se había roto.

—Dejalo así nomás —dijo Jota mientras regresaban a su casa.

Al entrar, vio a su madre en el comedor sentada junto a un hombre. Ella sonreía nerviosa y el hombre lo miró de arriba a abajo antes de hablar.

Al principio no pudo asimilar todo lo que le decían. Hablaron del proyecto, que aún continuaba en secreto. Su mente se quedó en blanco al oír la palabra Marte. No logró escuchar nada después de esto.

Los meses siguientes a este encuentro fueron vertiginosos. Asistía a agotadoras sesiones de entrenamiento físico y técnico. Solía volver a su casa sólo para dormir hasta la mañana siguiente. Fue una de estas noches cuando les preguntó a sus padres por qué ellos no asistían al centro de instrucción. La respuesta de ellos lo dejó devastado.

Solamente irían diez personas en el viaje: el comandante, un piloto, dos especialistas de misión y tres parejas de jóvenes. Ahí supo que él y los otros cinco cadetes serían los que poblarían la nueva colonia en un futuro cercano.

Era la única y última posibilidad de salvar a la raza humana. El planeta estaba condenado a morir. El agua y la falta de comida disponible estaba convirtiendo al mundo en un campo de batalla. El ambiente civilizado que mantuvieron durante años se desmoronaba. El tiempo en La Tierra se agotaba.

Lucas recorrió con la mirada cada centímetro de su habitación, sabiendo que jamás volvería a verla. Guardó pocas cosas en su mochila: fotos de sus padres, una memoria USB con filmaciones, despegó de la pared el afiche de la película Avatar y lo dobló, metiéndolo dentro de su agenda.

Las lágrimas corrían por el rostro de Lucas el día en que se despidió. Sentía una opresión en el pecho tan fuerte que le costaba respirar. Quería guardar en su memoria cada rasgo de sus padres, su olor, el sonido de sus voces.

Era hora de decir adiós a todo lo que había amado y conocido hasta entonces. Los abrazó fuertemente y, sin darse vuelta, corrió hasta el vehículo que lo llevaría hasta la base aérea de Paraná, en Entre Ríos.

Mientras viajaba, vio como el sol empezaba a ocultarse y pensó que este era el último atardecer que vería desde la Tierra.

Todo el personal de la base estaba esperando que llegaran; comenzaron a prepararlos, pero Lucas sentía como si él no estuviese ahí. Su corazón había quedado en su casa y su mente estaba puesta en Marte.

El ascensor que conducía a la Mars Two era una cápsula vidriada que permitía ver hacia afuera. Lucas se quedó mirando el cielo hasta que entró en la nave. Habían programado el lanza-



miento cercano a la medianoche, para evitar el sofocante calor del día.

Ya ubicado en su sillón, notó como el cohete vibraba sordamente, luego sintió un tirón y supo que la nave había despegado.

Les quedaba más de un año de vuelo y, para evitar el estrés producido por tanto tiempo de confinamiento, les dieron la opción de dormir hasta llegar a destino. Lucas aceptó y fue conducido hasta la cámara de hiper sueño. Un pinchazo en el brazo fue lo último que sintió.

Mientras estaban dormidos eran controlados por Cuadra, la computadora que manejaba todas las funciones de la nave. Cada cuatro meses los despertaba para evitar que perdieran masa muscular. Se ejercitaban duramente durante dos días y volvían a dormirse dentro de sus cámaras.

Ya habían sido reanimados tres veces cuando volvieron a abrirse los cubículos donde dormían. Lucas miró el calendario sorprendido; aún faltaban más de sesenta días para llegar a Marte. Estaba vistiéndose cuando fueron llamados a la cocina; era el único lugar de la nave donde cabían todos juntos. El comandante, un hombre de apariencia amable, aunque de pocas palabras, estaba pálido.

—Tuvimos un serio inconveniente —dijo en voz baja.

Lucas tragó saliva; sentía la garganta seca y pudo ver que las manos del comandante temblaban, aunque él se esforzara por disimularlo.

—Cuadra tuvo que corregir el rumbo para evitar colisionar con una vieja sonda de comunicaciones de la Mars One. Nadie calculó que ese aparato seguiría entero después de tantos años; consumimos demasiado combustible en esa maniobra y ya no alcanzará para aterrizar en Marte —explicó, con la voz quebrada por el nerviosismo.

—Podríamos llegar, pero no habría suficiente combustible para frenar la nave y evitar que se recaliente al ingresar a la atmósfera.

Una de las cadetes rompió en llanto y Lucas la abrazó. No podía recordar cómo se llamaba la chica y eso lo hizo sentirse peor.

—Lo mejor que puedo hacer por ustedes es permitirles hablar con sus familias y luego ponerlos a dormir. No sentirán nada cuando todo ocurra. No les digan a sus familias que no sobreviviremos, evítenles ese dolor. El proyecto seguirá adelante usando los embriones fertilizados que están congelados. El primer oficial Méndez se encargará de ellos, usando las incubadoras, y serán enviados a Marte en un pequeño módulo de aterrizaje. Nuestra nave quedará a la deriva por la escasez de combustible.

Lucas podía sentir cómo sus manos temblaban al comunicarse con sus padres. Enfocó la cámara para que sólo pudieran ver su rostro y, así, nada de su cuerpo delatará la mezcla de angustia e impotencia que sentía.

—¡Qué alegría, hijo! ¡No pensé jamás que les permitiesen comunicarse, lástima que papá no



está en casa! ¡Tengo noticias maravillosas! —su madre hablaba a borbotones, como si no pudiera detenerse—. Cuando te fuiste, sé que pensaste que pronto moriríamos, pude ver en tu mirada la tristeza por eso. ¡Pero el mundo se está regenerando! Una bacteria sufrió una mutación libre y comenzó a consumir metano y a producir oxígeno e hidrógeno. Ha comenzado a haber agua en grandes cantidades. ¡Hasta hemos podido volver a sembrar! Nuestro planeta no se extinguirá. Al menos, no por falta de agua. ¿No es asombroso esto? —exclamó ella, riéndose.

—¡Me alegra tanto, mamá! Ya me siento mejor sabiendo que ustedes estarán bien, sólo quiero decirte cuánto los quiero a los dos —dijo el joven con la voz quebrada, antes de cortar la llamada.

Lucas pegó el viejo afiche de la película Avatar sobre el cristal de su cámara de hiper sueño. Antes de cerrarla, se auto inyectó el sedante. Se acurrucó dentro, mirando al árbol en colores turquesa y fucsia y unos seres luminosos parecidos a pequeñas medusas que flotaban cerca.

«Tantos colores, tanta vida», pensó, antes de cerrar los ojos.

Silvia Alejandra Fernández

Escritora argentina de ciencia ficción y terror. Ha publicado en varios medios digitales como Revista Espejo Humenate, El Axioma, Fóbica Fest, Revista MiNatura, Historias Pulp, Revista Íbodem, Nocturnario, Aeternum, entre otras.





LAS RANAS



Todo comenzó con las ranas. La primera vez que escuché sobre las malformaciones congénitas en ranas y renacuajos en los lagos y ríos de la zona fue por casualidad, mientras veía el noticiero matutino. Creo que fue en esa sección de noticias curiosas que transmitían al final del bloque informativo, esas que se comentaban durante el almuerzo y luego se olvidaban, cosas del tipo apariciones de la Virgen María en panqueques, videos aficionados de ovnis o nacimientos de becerros bicéfalos. Esa mañana reportaron que un profesor de primaria había descubierto el fenómeno durante una excursión escolar. «Vaya», fue lo único que pensé, y luego cambié al canal infantil, pues mi hija había bajado a desayunar en el comedor. Mi esposa seguía en la habitación, arreglándose. Ese día tenía programada una cirugía en el hospital. Yo era anestesiólogo por aquel entonces. Apuré el café, me despedí de ambas y salí. Sería un día como cualquier otro y no volví a pensar en las desafortunadas ranas por un tiempo.

Entonces meses después, o quizás años, no recuerdo, las ranas volvieron a los noticieros, esta vez en el bloque de noticias importantes. La comunidad científica advertía sobre la propagación del fenómeno en todo el medio oeste y zonas aledañas, y barajaron varias hipótesis que intentaban explicar por qué al menos un setenta por ciento (casi toda una generación) de las ranas padecía malformaciones congénitas que iban desde una tercera anca o la ausencia de una o ambas, hasta la ausencia de ojos y mandíbula. Algunos científicos ambientalistas decían que se debía a la presencia de minerales o químicos desechados por las farmacéuticas o las minas de cobre, incluso se habló de la radiación. Un profesor de Brown aventuró que posiblemente se tratara de un efecto colateral del cambio climático. Explicaba que algunas aves migratorias permanecían más tiempo en la región y sus excrementos favorecían la reproducción de parásitos como las tenias, que podrían afectar a los renacuajos. En su momento se hicieron estudios, pero ninguno arrojó resultados concluyentes, y pronto el fenómeno también se presentó en otras especies de anfibios y peces. Indudablemente había algo en el agua que lo causaba. Normalmente, la Naturaleza se toma su tiempo para propiciar esta clase de efectos y, sin embargo, ¿por qué se esparcía tan rápido, si era alguna clase de plaga? ¿Y hasta dónde se detendría? Eran las preguntas que nos hacíamos por entonces. Cosa curiosa, los insectos y arácnidos parecían ser los únicos perdonados. ¿Un capricho de la Naturaleza? A pesar de que los gobiernos locales tomaron medidas de prevención (bastante tardías) y la gente era consciente del problema, las cosas escalaron a niveles alarmantes cuando finalmente aves y mamíferos pequeños que moraban cercas de los cuerpos hídricos también comenzaron a nacer con malformaciones.

Mi consternación aumentó cuando nuestra perra, Dolly, parió a su segunda camada de cachorros. La mayoría de ellos estaban sanos, pero uno de ellos nació sin sus patas traseras y otro estaba ciego. Mi hija lloraba, devastada, por la suerte de los cachorritos. Nuestro veterinario dijo que tales defectos congénitos no eran tan extraños, que eran estadísticamente probables, y que no debíamos precipitarnos adjudicándolo al reciente fenómeno. Pero yo no estaba convencido,



y consultando por la tarde con algunos vecinos y conduje dos por condados buscando criadores de perros sólo para descubrir con horror que muchos otros caninos y felinos también presentaban malformaciones congénitas.

Intenté consultar con un amigo que era profesor de química en la Universidad Estatal. Él estaba tan sorprendido como yo, pero a su juicio, se trataba probablemente de un incidente aislado, quizás un accidente de fábrica, algo así como microdosis de plomo en la comida de perros. Pero qué hay sobre las ranas, recuerdo haberle preguntado. ¿Ambos fenómenos estaban relacionados? No lo creo, aunque tampoco lo descartaría, fue su respuesta. Pero no podía tratarse de una mera coincidencia.

Se sucedieron los días, luego las semanas y los meses. Y ahora se descartaba que fuese el agua el factor de riesgo, pues animales engendrados en cautiverio y de origen doméstico también corrían la misma suerte. No faltó quien lo asociara con señales del juicio final. En este punto intentar explicar cómo empezó todo parece inútil. Basta decir que, como casi todos los cataclismos, hubo señales y profetas que anticiparon su advenimiento, y que como es habitual, los ignoramos o las calificamos de exageraciones infundadas, de esas que sobreabundaban en nuestros días. Pero comenzó con las ranas. Ellas fueron las que anunciaron los horrores que vendrían.

Lo que siguió después era previsible, a pesar de rehusarnos a creerlo posible. Se reportaron más nacimientos de animales con malformaciones de todas las especies en países tan distantes y dispares como Argentina o Laos. Pese al creciente temor popular, los Gobiernos locales y la Organización Mundial para la Salud intentaban disuadir los temores infundados (como los calificaban) de que pronto también el fenómeno afectaría a los humanos. Probaron estar muy equivocados.

Lo que los medios bautizaron como la Primavera Negra fue un evento sin precedentes en la historia universal, cuyos únicos símiles, en una escala mucho menor y con causas distintas, sólo habían sucedido luego de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, el desastre nuclear de Chernóbil y la catástrofe de la Talidomida en los sesentas. A finales de mayo de ese año una oleada de nacimientos de bebés con malformaciones en muchos países sumergió al mundo en un caos de proporciones apocalípticas. Yo mismo pude atestiguarlo en la sala de maternidad del hospital donde trabajaba. Vi a los recién nacidos con dismelias de toda clase; te encogía el corazón verlos en incubadoras, aferrándose por vivir ingenuamente sin saber que estarían destinados a una vida de sufrimientos. Algunos pasaron por el quirófano, sin mucha esperanza. Era duro observar a mis compañeros intentando explicar a las desconsoladas madres y parientes lo inexplicable. La comunidad científica también estaba abatida, pasaba por un mal momento, pese a promesas de soluciones preventivas éstas nunca llegarían y las investigaciones serían abandonadas por los sucesos posteriores. Pronto las acusaciones de una guerra bacteriológica dirigida contra los fetos, las teorías conspirativas sobre cultos siniestros que buscaban obliterar



a la raza humana o la convicción de que era un castigo divino se propagaron velozmente por la red y los medios, y el delicado equilibrio de nuestra civilización fue anulado. Verdadero pánico y desorden se desató en el mundo: guerras, golpes de estado, campañas de abortos masivos, saqueos... Toda una generación de seres humanos había sido condenada sin razón aparente. El temor a concebir hijos llevó a la gente a extremos insospechados. En verdad nos encontrábamos a las puertas del antropoceno, y la sola idea bastaba para sacudirnos hasta los huesos.

Pronto se vio imposible continuar con nuestras vidas. Ya no se podía ignorar como sucedía con los animales. Las clases se suspendieron en todo el país, y me sentí aliviado de tener a nuestra hija a salvo en casa. Afuera las cosas se descontrolaban. La mayoría de personas parecían fuera de sí, como ante una muerte inminente, se rehusaban a trabajar, a estudiar, a cualquier cosa. No puedo culparlos, era como pretender dormir en una casa en llamas; el único acto lógico era llamar a los bomberos e intentar apagar el fuego. Pero no había fuerza humana que nos salvara de este cataclismo genético. Todos estábamos aterrados.

Mi esposa, nuestra hija, los perros y yo vivimos al principio con relativa normalidad durante los primeros meses, intentando proteger a nuestra hija de la nociva información exterior, diciéndole que todo estaría bien. Mentíamos, por supuesto. Pero cuando nos enteramos de que el padre de su amiguita de la escuela había asesinado a su familia y luego se había suicidado, tuvimos que inventarnos que se mudaron a un país lejano con mala conexión a internet. No concebíamos otra forma de decírselo.

Después, como casi todos en la ciudad, mi esposa y yo intentamos abastecernos de comida y agua embotellada en las tiendas, pero la mayoría de ellas ya habían sido saqueadas, y solo pudimos encontrar algunas latas de comida abolladas y algunos enseres de primeros auxilios. Durante el trayecto de regreso a recoger a nuestra hija en casa de su abuela, vimos escenas propias de películas de guerra y le rogamos a mi suegra que nos acompañara para guarecerse con nosotros, pero se rehusó alegando que sólo sería una carga para nosotros y que ella sabría cuidarse sola. Entre llanto y los gritos de nuestra hija, dolida por separarse de su abuela, nos despedimos y fuimos a casa, donde permaneceríamos encerrados las siguientes semanas, protegiéndonos de los disturbios exteriores, subsistiendo de nuestras nimias reservas de alimentos. Por entonces comencé a rezar, necesitaba ser fuerte por mi familia y por mí mismo. Pero no tardaríamos en padecer los efectos del desabastecimiento y la inseguridad. La energía eléctrica, el gas y el agua fueron los primeros servicios en ser cortados luego del segundo trimestre, el más anárquico y peligroso de aquel año. Contemplamos la idea de irnos al chalet que teníamos en las montañas, pero quedaba muy lejos de la ciudad, yo sabía que nuestro carro no tenía suficiente combustible para llegar, y que era improbable encontrar algo en la ciudad. Era correr un gran riesgo y exponearnos al peligro. Sabíamos por los reportes en línea que las autopistas se encontraban intransitables y se registraban brotes de violencia aleatoria.



Con mi esposa decidimos que debíamos arriesgarnos e ir, la ciudad ya no era segura. Se escuchaban rumores de pandillas que invadían los barrios residenciales y fundaban una especie de kanatos posapocalípticos. Por suerte conocía una ruta alternativa que no pasaba por las salidas principales y probaríamos nuestra suerte. Tomé la lata de combustible que usábamos para el generador eléctrico, alistamos sólo lo necesario y con cautela salimos de madrugada.

Pasamos a casa de mi suegra para obligarla a venir con nosotros. Fue inútil. Al llegar la encontré recostada en el sofá frente al televisor. Sin vida. Había ingerido un frasco entero de oxicodona. Por el rigor mortis deduje que habría muerto al menos seis horas antes. Le cubrí el rostro con la colcha que tenía sobre el regazo y salí. Mi esposa lloraba en el umbral de la puerta. Pero no teníamos tiempo de guardar luto. Debíamos continuar sin ella.

Nuestra hija dormía plácidamente en el asiento trasero. Ignorante del escenario horriblífico que la locura humana es capaz de ofrecer. La ciudad estaba irreconocible. El silencio circundante era fúnebre. Con cuidado intenté esquivar los cadáveres en el camino y los vehículos calcinados. Resabios del enfrentamiento de amotinados y la Guardia Civil. Mi esposa se había llevado la mano a la boca para ahogar el llanto. Era increíble como la vida había inspirado tanta muerte.

Conduje durante un par de horas. Luego me detuve para llenar el tanque del carro con la última lata de combustible en la que residían nuestras esperanzas. La ruta pasaba por la propiedad privada de un viejo neurocirujano al que había conocido sólo de vista en simposios y conferencias médicas. Sabía que encontraría una verja que cerraba el paso, pero al llegar vimos que había sido derribada, y entramos con precaución. Desde la ventanilla no podía verse gran cosa aparte de los pinos que flanqueaban el camino. A lo lejos debía estar la mansión del dueño. Preferimos evitarla y seguimos recto hasta la otra verja de salida, que también yacía a un lado del camino.

Desde allí era un trayecto de media hora de ascenso. El chalet que perteneció a mi padre estaba cerca de una laguna, con suerte estaría desierta por estar fuera de temporada. Además, los extraños no podían encontrarla sin un mapa.

Mi hija se despertó y preguntó si ya habíamos llegado. Ya casi, mi amor, le dijo su madre. Entonces tuve que detenerme. Había un ciervo atropellado que bloqueaba el camino. Vacilé antes de bajar del carro y moverlo. Había visto tantas películas que temía que se tratara de una trampa. En nuestra casa no teníamos armas de fuego, pero traje conmigo el bate de béisbol. Es francamente desagradable cómo a veces desearíamos poseer un arsenal en la cochera en situaciones así. Le ordené a mi esposa que se pusiera en el volante y que arrancara lo más rápido posible a la menor señal de peligro, y con precaución me acerqué al ciervo. Era un macho adulto y bajo la primera luz del día no parecía tener heridas de bala. Me pregunté si no habría muerto por alguna razón misteriosa. Inmediatamente deseché la idea y procedí a empujarlo, no sin dificultad, por las patas traseras. Pesaba tanto como una motocicleta, y al final lo moví lo suficiente para que pudiéramos pasar.



Después de eso el resto del trayecto transcurrió sin novedad, y a las ocho ya estábamos en el viejo chalet. Por suerte no había señales de gente cerca. Nos tomó el resto de la mañana limpiarlo y acondicionarlo. Entre todo lo malo, mi hija encontró divertido vivir cerca de la laguna. Casi lloro.

Encontré una escopeta de caza y munición en el cobertizo. Mi padre amaba la cacería. De adolescente yo era un conservacionista y le repriminaba ese absurdo pasatiempo. Tuve que tragarme mis palabras. Tendría que cazar para vivir.

El siguiente mes pasó más o menos como lo habíamos contemplado. Fue difícil y el otoño anunciaba dificultades. Teníamos suerte que el agua del pozo era potable. Igualmente la hervíamos en el hogar de la chimenea. Aunque pronto me preocupó que el humo delataba nuestra ubicación a extraños indeseables y lo hacíamos únicamente en noche cerrada, cubriendo las ventanas para que la luz no iluminara el exterior.

Con el rudimentario conocimiento que me enseñó mi padre sobre trampas y cebos, probé colocarlas por el bosquecillo cercano. No atrapé una liebre sino hasta la tercera semana. El corazón me dio un vuelco cuando noté las orejas malformadas de mi temblorosa presa. Un desagradable recordatorio del presente al que nos enfrentamos.

También pescaba en la laguna. Apenas atrapaba pececillos que servían para aplacar el hambre. Mi hija me acompañaba, era preciso que le enseñara lo poco que sabía hacer. Si no fuera por el cataclismo, quizás no habría pasado tanto tiempo con mi familia. Aun así, ver a mi hija atrapando ranas de tres ancas era algo a lo que nunca me acostumbraría.

Comencé a escribir este testimonio en mi agenda personal, impulsado por el vano deseo humano de no ser olvidado. Vamos, es posible que no haya nadie en el futuro en condiciones de leerlo. Incluso estas páginas pueden perderse y a nadie le importaría. Sin embargo, las escribo para mí mismo, como un exorcismo privado. Yo sé que no podremos permanecer aquí por siempre. Sería ingenuo pensar lo contrario. Otra gente querrá lo que tenemos y será como en la edad de piedra, luchar o morir. El diálogo parece anticuado e irreal en estos tiempos. Confío, como cualquier otro, en que el orden se restaurará de nuevo un día. Quiero creer que nos adaptaremos al futuro que nos depara. Sea cual sea éste.

Por ahora observo a mi hija durmiendo en el regazo de mi esposa. Sé que debo protegerlas. Protegernos. El invierno ya se acerca.

Desde hace varias noches que no escucho a las ranas croar.

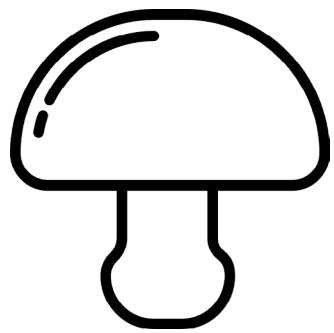


Sadrac Chinchilla

(Guatemala, 1995)

Abogado y notario por necesidad, escritor aficionado por vocación. Le interesa la literatura universal, animación japonesa, cómics y películas soviéticas de ciencia ficción. Ganó el primer lugar en el certamen de cuento “15 de septiembre” 2022, Primer lugar en certamen “Nuestra ciudad en 100 palabras” de la municipalidad de Guatemala, 2022, Ganador del I Certamen de Microrrelatos de Novela negra “Misterioso Móstoles”, 2019, Primer lugar en la rama de cuento del Concurso Literario “Ingeniero Roberto Solís Hegel” de la Universidad Mariano Gálvez de Guatemala, 2019.







SINGULARIDAD



...Apenas había logrado avanzar un cuarto de camino y ya comenzaba a sentir un poco de presión. Hasta ese momento, el traje no había mostrado fallas y por eso creí fielmente que resistiría, después de todo, era lo más desarrollado que pudimos crear sin la ayuda de nuestros registros. Técnicamente no debía de haber ningún problema, pero fue mejor ser precavida. Apenas había sobrepasado la profundidad que normalmente exploraba y desde ahí, ya solo se sumergían las buceadoras más experimentadas. Aunque el entorno todavía me parecía familiar porque siempre se me dio por desobedecer algunas reglas. Me preguntaba miles de cosas en ese momento: ¿Del otro lado, en la singularidad, habrá alguna otra civilización más desarrollada que nosotras?, ¿podría comunicarme con ellas?, ¿sería posible que en esa otra civilización los seres masculinos fueran igual de agresivos que los retilis? Me ilusionaba pensar que, en caso de existir, tal vez en ese otro lugar si podrían convivir con tranquilidad entre tribus, y entonces la palabra existir resonó en mi cabeza. Me pregunté si existiría, siquiera, alguna otra civilización. Cuando una se ve sola y lejos de casa, lo único que queda es perderse en la esperanza porque es el único hilo que te ata a la realidad. Tenía miles de preguntas, pero sabría sus respuestas hasta cruzar del otro lado y primero debía asegurarme de llegar al punto.

Sumergirme en ese sitio era como viajar a otro mundo, de hecho, era fácil pensar que ya había cumplido mi misión por tan sólo intentarlo, ¡pero debíamos escapar! Aunque soy firme con mis decisiones, me sentía bastante nerviosa. En la superficie, esa sustancia se mostraba como un líquido ligero y suave que se ondula con el viento, pero desde esa profundidad, ya se comenzaba a sentir su densidad. Para nuestra tribu, las manyis, esa sustancia que cubría casi todo el planeta era inofensiva, y a menos que permaneciéramos mucho tiempo sumergidas, podía asfixiarnos o incluso podía suceder que algún depredador, de esos que habitan ahí, nos cazara. Sin embargo, para los retilis tocar o beber de esa sustancia que habíamos llamado agua, les carcomía su piel escamosa como si de un ácido se tratara.

Pero continúo con mi relato: Yo seguía hundiéndome y aún no me había encontrado con alguna mantya, eso fue raro porque solían vagar en esas profundidades. La primera vez que vi una fue cuando mi madre y mi abuela me explicaron sobre nuestra naturaleza y nuestra reproducción. Hasta ese momento entendí por qué ellas eran llamadas nuestras ancestras y el por qué les debíamos tanto respeto, hasta nuestro nombre como tribu. Al principio pensé que sólo era como una de esas aves en forma de triángulo que volaban alrededor de las esferas flotantes que los retilis nos obligaron a construirles, pero me di cuenta de que no tenían plumas, sino una piel lisa y sin escamas que parecía ayudarles a moverse con mayor fluidez dentro del agua. Desde entonces comprendí un poco más sobre nuestra propia historia y sentí un profundo respeto. Entendí que nosotras fuimos determinadas por ellas. Las llamamos mantyas, aunque seguimos sin saber si fue la manera más adecuada de nombrarlas. pues nuestra comunicación nunca fue directa.

Cuando las mantyas se sentían en desconfianza, soltaban una tinta negra que, aunque no podía asesinarnos, nos dejaba manchadas por días enteros, y en lugar de tener nuestro tono rojizo natural en la piel, nos veíamos de color negro completamente. Esa misma tinta negra podía



asesinar a los machos de su especie, pero decidieron no usarlo como arma en contra de ellos a pesar de lo violentos que eran al aparearse. Ellas prefirieron apartarse en lugar de asesinarlos. Tal vez es nuestra propia naturaleza como féminas, tal vez fue que lo aprendimos de ellas, pero nosotras, estando verdaderamente conscientes del dolor y el sacrificio, nunca habríamos de usar agua para matar algún retilis. Haré una pausa para que reflexiones un poco: ¿Puedes creer que esa tinta matara a los machos, pero a nosotras como hembras sólo nos manchaba? Es sólo para recordarte que en nuestra naturaleza no está el asesinarnos entre nosotras.

Seguiré contándote. Estaba a mitad de camino y todo se había vuelto más oscuro. Los rayos de nuestra estrella prácticamente no llegaban hasta esa profundidad, pero aún lograba distinguir algunas formas. Sabía que en unos cuantos metros más de profundidad tendría que prender la lámpara incluida en mi traje. Si te soy honesta, nunca imaginé que las eruditas me elegirían. Lo deseaba profundamente, pero también estaba muy asustada. Hasta ese momento nada fue tan complicado en el agua, pero comenzaba a sentir mucha más presión sobre mi cuerpo. Puede que la carga de mi responsabilidad era la que ejercía esa presión. ¿Podría llegar al punto?, me preguntaba a cada metro que avanzaba. Dentro, en mi traje, traía conmigo el mayor tesoro de nuestra tribu. El secreto que nos mantuvo vivas por tanto tiempo se encontraba en mi vientre en forma de huevecillos que eclosionarían en el viaje y después nacerían vivos. ¡Mírate!, ojalá pudieras ver la sorpresa en tu rostro. Sé que te lo estás preguntando y mi respuesta es: sí, somos ovovivíparas.

Recuerdo que antes de llegar al punto, mi memoria fue en retroceso a situaciones muy específicas de mi vida y una pregunta más hacía eco en mis entrañas: ¿por qué quieres hacer esto, Lil? Mi madre nunca entendió por qué quería enlistarme para formar parte de las eruditas. «Tú tienes todo el potencial para formar parte de la admonición. ¡No me vengas con que quieres ser una erudita!», decía. Ya desde aquél entonces me he preguntado por qué insisten en que debamos ejercer todo eso en lo que se supone que somos buenas. No es que diga que soy la mejor porque siempre estamos en constante aprendizaje, pero en ese entonces no podía evitar pensar el por qué estábamos obligadas a seguir el mismo régimen si era tan evidente que todo estaba mal.

No me hagas mucho caso, pero pienso que comencé a hacer ese monólogo interno porque la oscuridad que me rodeaba me hacía entrar en pánico y hacer ese recuento en mi cabeza me ayudó a conseguir la voluntad para seguir adelante con la misión. Te explico que, en palabras simples, la admonición era un gran grupo selecto entre nosotras porque estudiaban y filosofaban sobre nuestras conductas como tribu, pero nada en sus normas y leyes que nos rigieron por tantos años nos llevaron a liberarnos de los retilis. En cambio, nosotras las eruditas, encontramos el punto en las profundidades del agua. Un punto rodeado de un campo gravitacional muy particular, lo vimos como un atajo que quizá nos ayudaría a salir a cualquier otra parte del universo al estudiarlo más de cerca, pero no lo sabíamos con certeza, y es por eso que a ese otro lado lo llamamos singularidad. Nuestra intención, en todo momento, fue hallar un lugar fuera de los dominios de los retilis para así escapar como lo hicieron las mantyas. Decidimos buscar una



alternativa a la guerra y a lo que se había convertido en mera supervivencia.

En esos momentos pensaba que, si tan solo pudiéramos unir nuestra inteligencia y audacia, junto con la fuerza abrupta y afilados dientes de los retilis, habríamos sido una gran especie, pero nunca pudimos llegar a un acuerdo y la guerra tampoco estaba dentro de nuestros principios, además de que nuestra baja estatura no es adversaria para un caimán evolucionado. Ningún tratado de paz propuesto por la admonición funcionó. Para ellos siempre fue sencillo: en cuanto no seguíamos una orden o notaban que hacíamos algo que no pedían para su beneficio, nos devoran y masticaban como si fuéramos otra presa más, como si fuéramos otro eslabón en su cadena alimenticia.

Las más viejas y sabias de la admonición nos contaron que el planeta, antes de llenarse de agua, era un lugar con tierra firme donde las especies más primitivas convivían según las leyes de su propia naturaleza. Nosotras y los retilis éramos los más avanzados en cuanto a inteligencia. Sin embargo, ya desde aquellas épocas, ellos nos cazaban para comer. Conforme pasó el tiempo, ambas especies evolucionamos a un ritmo más o menos parecido. No diría que los retilis eran monstruos sin cerebro, pero por alguna razón nosotras enfocamos nuestro desarrollo a la ciencia y entender el mundo, y ellos se limitaron a usar esa capacidad cerebral y su fuerza bruta para seguir cazándonos y utilizarnos como alimento. Cuando ellos devoraban carne, nosotras aprovechábamos las bondades de los frutos de cada árbol y hacíamos grandes manjares con hierbas marinas.

Siguieron pasando los años y algo cambió en el planeta. Algo desestabilizó su orden natural y de pronto todos los glaciares de los polos se derritieron, inundándolo poco a poco. Al notar esto, los retilis propusieron a la admonición unir fuerza e intelecto para construir una metrópoli en el cielo donde al fin pudiéramos convivir en paz, pero todo fue una trampa. Aunque por varios años se privaron de comernos, en cuanto todo estuvo terminado comenzaron la sangrienta cacería. Empezaron por comerse a todas las ingenieras que diseñaron la ciudad y luego resguardaron toda la planeación y desarrollo de nuestra propia tecnología. Sobrevivimos como pudimos en el agua creando una pequeña aldea navegable, alimentándonos únicamente de hierbas marinas, pero construimos nuestra propia prisión. Diariamente nos vigilaban y vivíamos a merced del próximo ataque. Aunque nos movíamos constantemente de sitio, siempre nos encontraron. Yo creía que comernos a todas no era lo más conveniente para ellos, pero su apetito era voraz y quedábamos pocas. También nos asustó que descubrieran cómo nos reproducíamos, porque, aunque no llegamos a verlo, teníamos miedo de que nos redujeran a simple alimento fabricado. Todo esto nos llevó a buscar un escape dentro del único lugar que nos había brindado un hogar: el agua.

Pero qué cosa, ¡me desvié otra vez! Te sigo contando: Llevaba más de la mitad del camino recorrido y ya estaba completamente oscuro. Entre tanto pensamiento olvidé encender la lámpara del traje y en lo que busqué el interruptor, me pregunté si los retilis ya se encontraban comiendo otra vez. La vida de mi familia estaría en riesgo por siempre, pero confiaban en la su-



pervivencia de nuestra tribu. La admonición nunca dio un mejor discurso. Y es que no importa el sacrificio de unas cuantas, todo el riesgo valdría la pena si hay una pequeña oportunidad para sobrevivir como especie. Así que salté al agua siendo la única que se había fecundado ese año, ya estábamos perdiendo la esperanza.

Entonces, cuando encendí la luz se me mostró un paisaje horripilante. Alrededor vi un cementerio de mantyas. No flotaban, se quedaron debajo como atadas por algo desconocido. Después me expliqué que no era más que aquel campo gravitacional el que las mantuvo en las profundidades. ¡Ya estaba cerca!, pero aun así no lo entendía. Mi respiración comenzaba a acelerarse y me dio miedo terminar con el oxígeno de mi traje. Reconocí entre todas ellas a mi segunda madre, aquella vieja mantya con la que me explicaron nuestro proceso reproductivo, la que me enseñó a valorar el sacrificio, la que me permitió fecundarme después de ser ella la que recibió los maltratos de algún macho de su especie. Encontré sus cicatrices en mi vientre. Mis lágrimas brotaron a chorros y hasta entonces supe que debajo del agua, en medio de la oscuridad, el líquido de nuestras lágrimas es fluorescente. No lo sabía en ese momento, pero ahora entiendo que mis sentimientos fueron una ofrenda de luz en ese oscuro vacío. Nunca supe por qué, pero los caimanes marinos devoraron a nuestras ancestras. Pensé que nuestro destino estaba escrito desde aquellos tiempos, pero aún estaba en mis manos cambiarlo.

Los caimanes marinos comenzaron a atacarme. Agujerearon el traje en mis piernas y en mis brazos. Supe que el tiempo se agotaba y en medio de tanta angustia y mezcla de sentimientos, encontré el botón diseñado para ese estado de emergencia. Al presionarlo, ondas ultrasónicas se enviaron para esparcirse por el agua y ahuyentarlos. Su única forma de visión fue su punto débil. Comprendí que lo que pasó fue que ellos las atacaron para poder comer, pero nunca podré entender por qué comer demasiadas, por qué ninguna de nosotras logró saciar su sed de sangre, ni por qué nunca logramos tener algún acuerdo. Entendí que en ese nivel y más arriba todo pretende ser igual: ellos devorándonos a nosotras.

Corré con suerte, los estudios nunca me dieron una pista de cómo se vería realmente el punto, entonces simplemente salté a donde los cálculos me indicaban. Si no era ese el lugar, moriría de todas formas si no me arriesgaba. Todo fue tan confuso, todo a mí alrededor se deformó y sentí un dolor insoportable en mis extremidades. Temí por mis huevecillos que yacían dentro de mi vientre y entonces...

—¡Y entonces estamos aquí! —Den habló sin darse cuenta. La historia era tan entretenida para él, que los ojos le brillaban al expresarse. Lil miró esos ojos suspicaces que le recordaban la esperanza con la que había dejado a su tribu. Entre sus huevecillos reconoció a un macho al que llamó Den. El primero al que se le permitió nacer.

—Sí. Te cuento todo esto para que sepas que debes ser la diferencia. Te estamos educando para respetarnos y para que sepas que no tienes derecho sobre nosotras. Tú y yo somos iguales.

Den agachó la cabeza para reflexionar sobre todo lo que su madre le había contado. Por su parte, Lil aún recordaba cómo su segunda madre había recibido todo ese dolor por ambas. No



sabían exactamente cómo había sucedido, pero cuando las manyas se separaron de los machos, mandaban a una de ellas cada temporada para aparearse. De alguna manera se las ingenian para resguardar un poco de esperma del macho, el cual expulsaban en el vientre de la más joven de las manyas. Cada fecundación era un ritual sagrado en el que la joven tenía la elección de reproducirse o no, y en dado caso de aceptar, en el vientre se marcaban las mismas heridas que su segunda madre habría sufrido. No para ser mártires, sino como una marca que no diera lugar al olvido de un gran sacrificio: dolor a cambio de perdurar como especie.

Al llegar a este nuevo mundo, Lil halló la manera de poder traer a las sobrevivientes de su tribu. Acordaron fecundarse las más jóvenes, y de haber algún macho entre las nuevas generaciones, les permitirían nacer para terminar con un ciclo antiguo y comenzar otro que les permitiera una convivencia diferente. Miró sus cicatrices en el vientre, y sin olvidar el dolor, pero a su vez el orgullo que una vez significaron, sonrió al saber que nadie más tendría por qué llevarlas otra vez. Alzó la mirada y a lo lejos Den jugaba con sus hermanas. Reían, se corrían, disfrutaban de la libertad, y si una se caía, el otro lo ayudaba a levantarse. El nuevo mundo al fin se había construido y con él se cimentaron nuevas esperanzas e ilusiones.

Anezly Ramirez

Más escritora que ingeniera, muestra su perspectiva escribiendo desde los géneros de la ficción especulativa. En marzo 2021 fue seleccionada para aparecer con cinco cuentos en la antología impresa “175 relatos de escritoras latinoamericanas” de la editorial colombiana Elipsis. Tiene varios cuentos publicados en revistas digitales y dos se han adaptado a escenas de obras teatrales. Actualmente es becaria de la generación 2022 del Centro Toluqueño de Escritores y está trabajando en su primer libro.





RESERVA DE ORIGINALES



Annuka celebró a solas en el laboratorio. La evidencia era contundente. El resultado de las muestras enviadas desde la reserva confirmaba la existencia de un hongo extinto. Su descubrimiento abría la posibilidad a un tipo de antibióticos que hasta ese momento sólo era teoría, con el potencial de detener la caída poblacional por enfermedades. Los encabezados pesimistas leían que el humano estaba en peligro de extinción. Annuka pensaba que no era para tanto. Era cierto que ya no eran diez mil millones de habitantes, pero quedaban poco más de la mitad, aún lejos de la extinción, pero si las cosas no cambiaban en algunos casos habría que tomarlos en serio. Le parecía curioso que faltara la mitad de la población y encontrarse con un mar de gente cada vez que salía del laboratorio, rostros incontables e inimaginables. Para ella esos eran los habitantes del planeta, los otros millones apenas una idea, algo abstracto. Al resto de la gente tampoco parecía alarma le ¿Cómo si, igual que ella, no conocían más que a un puñado de personas? Primero fueron las hambrunas cuando las supersemillas fallaron o se convirtieron en otra cosa, algunos apuntan que fue algo en la programación genética, otros a una falla para adaptarse a los cambios del clima. Décadas después nadie atinaba a comprobar qué había pasado y por qué millones de vidas se habían perdido en un mundo en el que los avances biotecnológicos suponían lo contrario. Casi en conjunto se cumplió el gastado aviso de que los antibióticos serían inútiles frente a enfermedades. Los más jóvenes nacieron en el declive, para ellos era normal vivir en un mundo en el que todos eran viejos, escuchando que faltaban millones sin entender por qué tanto alboroto, si los millones que aún poblaban el planeta y los problemas que se inventaban parecían suficientes.

Ante la bajada demográfica, las autoridades decidieron tomar medidas drásticas: repoblar. Annuka participó en el debate para la creación de la controversial «política unimadre». Al identificar a una mujer con un genoma resistente a las enfermedades, se le exhortaba a donar sus óvulos para ser fertilizados por espermatozoides preseleccionados. Al resto de las mujeres se les incitaba a fertilizarse con esos óvulos viables para tener hijos «que vivieran una larga vida sanos y no una corta vida enfermos». O peor, una larga vida enfermos. No era obligatorio, pero sí una opción que además de asegurar una descendencia sana, ayudaría económica y socialmente a la futura madre, aunque sin derecho a residir en ciudades flotantes ni a extensiones de vida. Annuka promovió con fervor esa iniciativa en pro de la especie humana y aunque se aplicó, no era suficiente para compensar las muertes por infecciones que ni siquiera eran nuevas, sino las viejas y desdentadas asesinas, azuzadas hasta que les salieron nuevos dientes.

Se asomó por la ventana, tenía la sensación de que era el planeta el que flotaba bajo su estación. Su perfil, suavemente iluminado por el fulgor del cristal, suavizaba su piel y le daba un tono anaranjado. Suspiró satisfecha. Acababa de cumplir 121 años y estaba orgullosa de su descubrimiento en la reserva. La farmacéutica para la que Annuka trabajaba compró ese enorme territorio, del tamaño de un pequeño país, para conservar un acervo de organismos naturales no



modificados, genomas no intervenidos artificialmente. Después de la catástrofe de las semillas, los biomercaderes se dieron cuenta que era necesario un respaldo de los genomas originales in vivo. Les llamaron «reservas» y nadie, excepto personal autorizado por la compañía a cargo, podía entrar. O salir.

La reserva le proporcionaba a Annuka un organismo que se creía extinto. Con la tecnología actual sus compuestos prometían una nueva generación de fármacos, la cura a enfermedades que asolaban ciudades terrestres y flotantes por igual. Sólo había que ir a buscarlo.

*

Demetrio recargó los codos en la cerca de madera situada fuera de su cabaña. Sus brazos habían adquirido un color y textura distinta a la que tenían hacía tres años, cuando recién llegó a la reserva. Montaña abajo veía el fulgor de las fogatas en la aldea, eran las celebraciones anuales. Imaginaba a la gente yendo de un lado a otro, alegre, comiendo y conviviendo sin preocupaciones. Nunca había estado en una celebración, pero le satisfacía imaginar que así eran. Consideraba ese tipo de eventos síntoma de una sociedad primitiva, un consuelo festivo relacionado con todo, menos con mejorar su existencia. Le llegaba el olor de la madera quemada mezclado con la neblina y la humedad que exhalaba el bosque, un reconfortante olor inencontrable en las ciudades flotantes, inexistente en los laboratorios orbitales. Llevaba tres años en la reserva, viviendo a pocos kilómetros de la aldea. Se preguntaba si el gusto por el olor a madera quemada tenía que ver con su origen generaciones atrás. Aunque él, al igual que Annuka, podía rastrear sus orígenes a tierra, la lotería de genes había dado a Demetrio una pinta muy cercana a los pobladores de la reserva. Fue una de las razones por las que lo enviaron. No bastaba ser un biólogo capaz y competente, había que insertar a alguien que no les resultara extranjero, alguien que pasara desapercibido, que no le recordara a los moradores de la reserva que afuera existían sociedades que vivían años adelante de ellos. El laboratorio había tenido éxito en eso. Los reportes indicaban que las nuevas generaciones sentían que su aldea era lo único que existía y que más allá de las cordilleras, si acaso, había otros pueblos como los suyos de dónde llegaban visitantes, como Demetrio.

Los moradores de la reserva habían descubierto el hongo antes que él. Cada vez que encontraban un espécimen, lo escondían con hojarasca o lo que tuvieran a la mano. Demetrio se dio cuenta que lo ocultaban celosamente, el hongo era muypreciado por los moradores como alimento. Lo escondían para que los animales de la reserva no se lo comieran en lo que alcanzaba su máximo crecimiento, no mayor a una manzana. Era raro que creciera por completo porque era posible que lo devorara un animal o las condiciones ambientales cambiaran y se descomponiera. Encima eran escasos y no se arriesgó a tomar alguno ya oculto por alguien. Tardó casi seis semanas en hallar un ejemplar que pudiera llevar a su cabaña para hacerle pruebas.

La gente de la reserva le tenía como un curandero. A él le divertía inventarse rituales para



tratar dolencias de sobra conocidas y curables con un mínimo de tecnología. No era algo que le reportara a Annuka; aunque eran buenos compañeros, se limitaba a registrar e informar qué organismos había en su zona, sus características y sus compuestos. La reserva también preservaba especies de plantas medicinales conocidas que ya no existían fuera de ahí y los habitantes sabían cómo usarlas de manera tradicional, aunque sin tecnología no era posible sacar su máximo provecho. En su laboratorio oculto en la cabaña Demetrio podía hacer cualquier tipo de excipiente: una píldora, cápsula, gel... aunque prefería entregar pequeños viales con polvos y líquidos, en parte porque el protocolo prohibía poner al alcance de los habitantes cualquier tecnología que les pareciera ajena y en parte porque disfrutaba el aire místico que le daban a ojos de los habitantes los viales y recipientes con misteriosos polvos.

Los moradores no tenían idea de las propiedades curativas del hongo, lo codiciaban simplemente por su sabor. Demetrio lo había probado y comprobó que tenía un sabor exquisito; que las propiedades curativas del hongo no ocurrían al ingerirse, ni crudo, ni cocinado. Tampoco sospechaban que en ese hongo existía el potencial de una nueva era de la medicina, un renacimiento. Se alejó del barandal de madera y volvió a meterse a la cabaña.

Se tendió en el suelo encima de un tapete tejido que usaba solo para eso. Era un obsequio por atender a una señora mayor de artritis, un padecimiento que en las flotantes ya no era motivo de preocupación. Ese tipo de intervenciones podrían caer fuera del reglamento, él debía pasar como un solitario que vivía de la caza y hortalizas que él mismo cultivaba. En realidad ayudaba en pequeñas cosas que no cambiaban en nada el curso natural de la vida de los moradores, si acaso levantaba cotilleo entre ellos porque no veían con buenos ojos que usara métodos ajenos a sus tradiciones. Medicina desconocida. Fuera de eso le parecía que no había roto ningún lineamiento del laboratorio, excepto por su última intervención. Se confortó pensando que no había forma de que se enteraran, no estaba bajo vigilancia, la tecnología oculta en su cabaña era estrictamente la necesaria para recopilar y enviar información respecto a las muestras, el extractor de concentrados y un intercomunicador. Nada más. Cerró los ojos y cayó en un sueño profundo.

Noches atrás lo despertaron golpes en la puerta. En medio del sonido nocturno, una mezcla de grillos, aleteos y el viento en los árboles, los toquidos con fuerza parecían de una realidad ajena. Quitó el pasador y junto con el viento frío se abrió paso un hombre con una joven en brazos. Le llegó el olor a sudor húmedo emanando de las vestimentas de cuero y tela, pero había algo más, un aroma fétido proveniente de la muchacha. Era el soplo de muerte, una enfermedad nueva que fustigaba a los humanos desde hacía dos décadas, incurable en las flotantes y en tierra. Implacable. En las unidades médicas los enfermos se aislaban sólo por protocolo, parecía que no era una enfermedad contagiosa, que llegaba a un huésped por azar. Sabían que era imposible, pero hasta ese día no habían descubierto por qué o cómo una persona contraía esa enfermedad. El hombre la colocó en el suelo y resolló mientras movía los brazos dolorosamente



para descalambrarlos. La joven gemía agonizante con ojos exorbitados. Ambos, de pie frente a ella, compartían en silencio la certeza de que la chica no vería el amanecer.

—Sálvela —dijo el hombre en un tono que Demetrio no atinó a decir si era una orden o una súplica—. Usted pacta con fuerzas sobrenaturales. Cúrela.

—Está equivocado, yo...

Demetrio se ensimismó un momento pensando cómo explicarle al hombre que las estadísticas y resultados de los estudios en torno a esa enfermedad eran indisputables. La tasa de supervivencia al soplo de muerte, o como se le conocía en los estudios, "sepsis terminal espontánea de etiología desconocida", era de cero. Demetrio estaba en un ligero trance. El hombre lo empujó con fuerza para dejarle claro que hablaba en serio. Demetrio sólo alzó la mirada y lo vio con temor no por miedo al hombre, sino por lo que estaba a punto de hacer.

—No se mueva de aquí. Si lo hace, no la ayudaré.

Entró a la habitación, cerró la puerta y activó el mecanismo de seguridad. Hubo un sonido ahogado que el hombre en el vestíbulo jamás había escuchado. Demetrio se deslizó al interior del laboratorio y cerró la escotilla tras de sí. Si alguien prendiera fuego a la cabaña, suponiendo que pudiera quemarse, descubriría una estructura de metal parecida a un cubo metálico enraizado en el suelo. Demetrio sacó el hongo. Intuía que tendría algún efecto en la chica, aunque con el soplo de muerte era sólo una posibilidad. La enfermedad era tan desconocida hoy como como al descubrirla. Técnicamente el hongo pertenecía al laboratorio y eran necesarios años de pruebas antes de hacer público cualquier hallazgo. No sabía qué reacción tendría en la chica, pero de todas formas moriría y en ese caso el hongo representaba al menos una oportunidad. Se las arreglaría para convertir su falta al reglamento en la prueba de que el hongo podía curar el soplo de muerte, pasaría a la historia como quien acabó con uno de los azotes de la humanidad. Metió el hongo en el dispositivo.

Demetrio volvió con un pequeño vial que contenía un líquido de ligero color violeta. El hombre sostuvo la cabeza de la joven para que lo ingiriera, Demetrio lo ignoró y tomó con decisión el brazo de la chica, colocó un aplicador que buscó la vena de la joven e introdujo el líquido. Durante minutos nada ocurrió, hasta que la chica de a poco relajó el rostro y dejó de respirar con fuerza para respirar pausadamente. Finalmente cerró los ojos.

Por la mañana estaba pálida y profundamente dormida. Aunque tenía un aspecto raquíctico se veía mejor que hacía unas horas, enferma, pero lejos del umbral de la muerte. El hombre, conmovido porque su hija sobrevivió la noche, le agradeció entre lágrimas. Demetrio estaba eufórico. Todo aquello era el preámbulo de algo más grande. El mayor logro de su vida. El hombre tomó a la joven nuevamente en brazos y emprendió el camino de vuelta. Montaña abajo, el pueblo aún dormía la resaca de los festejos.

*



Las hojas crujieron bajo el peso de Annuka cuando descendió del vehículo. Fue el único sonido que reveló su presencia. Apenas dio un paso la cápsula, un objeto vertical, se elevó sin más que un leve zumbido. Nunca permitían que su tecnología estuviera mucho tiempo en tierra, sólo el necesario para transportar equipo y hacer las tareas que cada estación tenía encomendadas en las reservas.

—El aire es diferente aquí. Hay un olor... —dijo Annuka, acostumbrada al aire aséptico del laboratorio y las flotantes—. ¿Y bien? ¿Dónde lo encontramos?

Luego de dejar la tecnología personal de Annuka dentro del laboratorio, Demetrio la guió por una parte sin sendero de la montaña. Se preguntaba si Annuka se sentiría tan desconectada del mundo tecnológico como él cuando recién llegó. Supuso que Annuka no tenía ese tipo de pensamientos. Nunca había hablado con ella de otra cosa que no fueran las investigaciones que realizaban. De camino le explicó que había encontrado un hongo joven hacía unos días y lo escondió bien para que los pobladores no se lo comieran. Si ningún animal se los había ganado, Annuka no habría bajado en vano. Ella resbaló con la hojarasca húmeda, la mano ágil de Demetrio la alcanzó por la muñeca y detuvo su caída cuesta abajo. La muñeca de Annuka emitió un leve tronido antes de que Annuka se asiera con fuerza a la muñeca de Demetrio. Al sentir los huesos de Annuka, Demetrio pensó en los huesos de un ave, ligeros y resistentes. Sin saber por qué, la sensación le sobresaltó.

Demetrio se detuvo de golpe y dio a entender a Annuka con una señal que guardara silencio. A unos metros se veía el hongo, algo que no debería ocurrir. En vez de la hojarasca que Demetrio puso sobre el hongo, había una jaula. No se veía nadie alrededor.

—Esto no está bien. Será mejor que volvamos —dijo Demetrio, dando un paso hacia atrás.

—Hagamos esto de una vez. Quitemos esa cosa.

—No entiendes, alguien lo reclamó. Aquí se lastiman por lo que ellos consideran robo de comida.

Annuka pasó por un lado de Demetrio y caminó hacia el hongo. Ninguno se dio cuenta de la trampa para animales hasta que se cerró alrededor del tobillo de Annuka. El dolor y ansiedad de ver su carne traspasada le impedía a Annuka liberar un grito. En vez de eso apretaba los dientes y sujetaba con ambas manos por encima de los dientes de metal que mordían ferozmente el hueso del tobillo. El dolor le nublaba la vista. Demetrio, mareado por la impresión, liberó la trampa entre maldiciones y llevó a Annuka hasta un árbol.

Annuka sentía terror al ver la herida, no perdía detalle de las pequeñas piedrecillas y hojas que se adherían a la sangre. Jamás imaginó lastimarse de esa manera, no era nada que en las flotantes no pudiera resolvérse, pero en la reserva era otra cosa. Le aterró estar ahí, le aterró la reserva y su espeso follaje y la luz del sol colándose majestuosa sobre ella a través de la copa de los árboles.



—Todo está en la cabaña. Los comunicadores, equipo médico, todo está allá —dijo Demetrio sudando. Desprendía un olor que a Annuka le parecía demasiado intenso—. Iré por ellos.

Las piernas de Demetrio iban lo más rápido que podían sin tropezar o resbalarse. Unos metros más adelante saldría de entre la maleza al camino principal y podría ir más aprisa. Dio un pequeño salto desde el borde y cayó en la terracería del camino principal. Al salir, escuchó el ruido de pasos amortiguado por el suelo de tierra, sintió caer en un agujero al ver a unos metros a decenas de personas subiendo por el camino. Era gente del pueblo que, igual que él, se desconcertaron al verlo. Demetrio vio entre la turba al padre de la chica sostenido por algunos de ellos, golpeado, con el rostro hinchado y sangre seca emplastando su cabello. Demetrio echó a correr y ellos tras él. Uno de los hombres le alcanzó metros más adelante y de un jalón le hizo caer. Demetrio se volteó sobre su espalda para darse cuenta que estaba rodeado. Se abrieron paso los hombres que sostenían al padre de la chica. El hombre, golpeado casi al punto de quedar inconsciente, apenas le dedicó una mirada. Una mujer se abrió paso entre la turba. Llevaba en brazos un bulbo cubierto por una fina gasa. Demetrio reconoció, horrorizado, la cabeza de la chica a la que había ayudado. Su rostro podía adivinarse por la luz que pasaba a través de la tela. Tenía los ojos semiabiertos y aplastadas las pestañas.

—Regresaste a alguien de la muerte. Eso sólo puede traer desgracia y seres sin alma —dijo la mujer.

—No estaba muerta, estaba viva cuando llegó —dijo Demetrio entre sollozos.

—Nadie sobrevive a esa enfermedad. Yo la atendí antes que tú y le di la bendición del adiós. No había nada qué hacer por ella. Para cuando llegó a ti debía estar muerta.

—Les mostraré cómo...

—No queremos saber de tus artes oscuras. Ya lo hemos arreglado y nos aseguraremos de que así se quede.

A un gesto de la mujer, los hombres clavaron palos largos y afilados en el cuerpo de Demetrio, una y otra vez. Antes de que su conciencia se oscureciera, dejó de sentir dolor. Su último pensamiento fue involuntario, un recuerdo, reía con un amigo en un café en algún sitio que no era ahí, ni en las flotantes.

Alrededor de Demetrio estaba el grupo observándolo para cerciorarse de que no se levantaría. A casi un kilómetro de ahí, Annuka comenzaba a sentir un dolor pulsátil y cansancio. Estaba por quedarse dormida y su esperanza era que Demetrio hubiera regresado al despertar.

No alcanzó a observarla columna de humo que se levantaba a lo lejos. La cabaña se estaba quemando.





Francisco Javier Solórzano Serrano

Ciudad de México, 1977. Editor, traductor, cuentista.



DEFECTO DE FÁBRICA: LLORARÁN NOSTALGIA

CEREBROS



Mientras la caja metálica se eleva a mil pies de altura, me invade una sensación de aflicción y vislumbro la ciudad destruida a mis pies. En los confinamientos de las ruinas, más allá de lo que era el Ángel de la Independencia, los túneles se conectan en enjambres.

El elevador central del edificio solar pertenece al conglomerado de la sección Beta. Vivimos en un rascacielos radiante que recibe al astro poniente cada amanecer. Disfruto de sus magníficos atardeceres cuando se oculta por el oeste.

Los guardias en la Apertura principal sólo permiten a los nuevos residentes pasar: inspeccionan sus valijas, sus signos vitales y su permiso activado que los hace acreedores a un piso de esta sección. No he tenido referencia de nuevos vecinos en el edificio desde hace 5 años. De hecho, mis memorias solo alcanzan el periodo de un lustro. La doctora a cargo de nuestros registros de salud me ha dicho que es consecuencia de la desintoxicación 3-0-3.

Al cruzar el umbral hacia el interior del elevador, el paisaje se torna pleno de aluminio dorado, percibo un olor a metal y químicos. Presiono el botón T, el cual indica descenso en la Terraza. Allá me espera Cintia, mi mejor amiga.

Tomar el elevador para llegar al último piso del edificio Beta me entusiasma, porque al cerrar los ojos llegan a mí imágenes de lo que solía ser la ciudad, de un tiempo lejano, antes de que ocurriera el fatal episodio del que nadie quiere hablar.

Mis visitas en el piso C son frecuentes. La Central médica siempre me ha dado el mismo diagnóstico: consecuencia de la desintoxicación 3-0-3. Sin embargo, esa sensación de aflicción continúa, mi curiosidad no me deja en paz y sigo investigando. Me han dicho que después de aquel incidente global, las personas pueden presentar confusión, destellos de la vida pasada, entumecimiento en las manos y pies.

Cuando visito el piso B acelero el paso entre los jóvenes que invaden la sección de Aceramiento Virtual para llegar al área clausurada de Historia. Logro pasar desapercibida por mi estatura: soy pequeña, rápida, invisible. Logro desactivar las bandas de nanosensores y desconecto la ubicación de mi móvil. Me adentro en el largo pasillo cubierto de polvo, busco información en los escasos libros físicos que, intactos de otras manos, aún existen para llegar a mi objetivo.

«Las personas morían sin lograr un diagnóstico médico. Las ciudades superpobladas no contenían la infección, era necesaria la desintoxicación 3-0-3».

El trayecto del elevador termina cuando suena esa melodía demasiado aguda para mis oídos. Se abren las puertas y cada rincón en aquella caja dorada es visitada por la luz natural que, tímida, se cuela por el domo que cubre la terraza.

—¿Por qué no podemos respirar el aire?

—Amalia, deja de hacer tantas preguntas. Venimos a la piscina, hoy hace un buen clima.

Es cierto, el sol está justo encima de nosotras, el clima no es caluroso, la ventilación inteligente del domo nos envía una brisa peculiar. Se proporciona la exacta luminosidad para que las



personas se puedan broncear, nadar y reír, pero yo solo me quedo contemplativa hacia el astro, el cual se ve muy pequeño, como la pelota de tenis amarilla con la que juegan dos hombres a unos metros de donde nos sentamos.

—Deja de soñar despierta Amalia. Ven, tómame una foto. La voy a compartir. No, mejor un vídeo, quiero presumir mi traje de baño.

—Está bien —le respondo sin muchas ganas, con una punzada en mi pecho, como si en realidad estuviera en otra parte y no aquí.

—¿Qué te sucede hoy? Estás rara.

—No lo sé, desperté somnolienta.

—Deberías ir a una consulta en el piso C.

—No, no obtengo las respuestas que quiero allá.

Aunque es mi mejor amiga nunca me he atrevido a decirle que visito la sección prohibida en el piso B. Cuando la observo con detenimiento a veces me parece una desconocida, pero cuando oigo su voz mis pensamientos toman un camino lógico y se ajustan a lo que ella dice.

Quisiera contarle qué siento, es una sensación extraña de la cual no he escuchado a nadie nombrar. Decido enfocarme en lo que me pide: tomarle la foto, compartir su video para que otras personas en remotas secciones como Alfa, Gama o Delta lo vean.

Mientras intento tomar la foto, las risas escandalosas de unas chicas, que tienen una fiesta privada muy cerca de la gran piscina rectangular, llaman nuestra atención. Es inevitable pre-guntarme por qué no tenemos más amigas y amigos. Quizá es porque soy extraña y la mayoría de mis pensamientos se concentran en descubrir más sobre los tiempos antiguos, investigar en qué consistió la desintoxicación 3-0-3, o desactivar las rutas de rastreo digital para seguir siendo invisible.

No obstante, Cintia es una chica agradable, es decir, le gusta platicar sobre los temas en los que todos están interesados. Es alta, de cabello azul celeste, pero carece de habilidades sociales. Mira qué ironía analizarla cuando yo tampoco platico con alguien más. Mientras sigo este camino de ensimismamiento, un chico bronceado se acerca. Ni siquiera me mira, pero se fija en Cintia y le pregunta si quiere unirse a la fiesta que tiene lugar cerca de la piscina.

—Claro, eso me gustaría mucho —le dice emocionada.

—Oye, Tío —le gritan las chicas de la risa estrepitosa—, ven aquí. ¿Qué estás haciendo?

—Solo la invitaba a unirse a nosotros.

—Llevas menos tiempo que nosotras aquí, así que te diremos cómo son las cosas. Ella no es digna de asistir a las fiestas, su familia pertenece a Lambda.

Jamás había escuchado que alguien pronuncie aquella letra, de qué sección proviene, qué significa. Cintia baja la mirada y me dice que nos alejemos, mientras continúan riéndose y el chico la observa entre suspiros.



—¿Por qué dijeron eso? Nunca me has dicho nada sobre Lambda. Ni siquiera creí que hubiera otras letras que pudiéramos nombrar.

—Olvídalo Amalia, mejor quedémonos aquí, bajo la sombra de este árbol —me dice mientras baja la mirada y se sienta.

Luce cohibida. Aunque me ha dicho que olvidemos aquel comentario, se nota humillada. Aquí en Beta no hay comunidad, se congregan en pequeños grupos que muy rara vez se conectan con otras personas. Leí sobre ese término, comunidad, en el piso B, en la sección de Historia de civilizaciones perdidas. Aun no comprendo por qué nadie habla sobre los cimientos en los que se construyó nuestra civilización. La vida humana era caótica, pero guardaba esas finas líneas de entrelazamiento, creando comunidades, redes vecinales y conexiones emocionales.

Me aventuro a platicar con Cintia sobre lo que siento, una sensación de confusión y vacío, como si me llamaran desde otro lugar, como si me pidieran regresar a días en los que nunca viví.

—¿Has observado que casi nadie enferma aquí? La doctora me dice que los síntomas de entumecimiento son comunes, pero nunca encuentro a alguien más visitando el piso C.

—¿De qué hablas Amalia?

—Es que siento algo dentro —al decir esto me observa con desconcierto y me pide que nos vayamos.

Caminamos de regreso al elevador.

—¿Te sientes enferma? —me pregunta confundida, atropellando esa última palabra, como si en mucho tiempo no hubiera sido pronunciada por sus labios.

—No lo sé, no es algo físico, es más ...

Nos introducimos al elevador con una señora y un niño. Él y yo nos observamos. Sus ojos verdes fulminantes me inspeccionan de abajo hacia arriba, pero la señora no me ve, sólo a Cintia. Se saludan, él y yo no decimos nada, una función lógica dentro de mí no se activa en ese momento para saludar con cortesía.

—Es más bien una sensación que una dolencia física. ¿Eso tiene el nombre de alguna enfermedad?

—No sé si estés enferma, debes ir al piso C —al decir esas palabras, noto que la señora la volteó a ver con repudio, se recluyen en una esquina del amplio elevador.

Una notificación llega al dispositivo móvil y me indica que debo ir al piso C. La función lógica en mi cerebro también me lo hace saber. Mis pensamientos se dirigen de inmediato a tomar la decisión de descender en aquel lugar.

—Si está enferma debes reportarla, nadie se ha enfermado desde la desintoxicación 3-0-3 le dice a Cintia mientras cubre con sus manos los oídos del niño y bajan en el piso quince.

— No tiene de qué preocuparse. Hasta luego —le dice contundente Cintia.

—¡Qué diantres sucede! ¿Por qué la señora no se dirigió a mí? Me lo pudo haber dicho y...



¡qué significa eso de que nadie ha enfermado! —exclamo enfadada y en voz alta, Cintia lo nota, su mirada es de total sorpresa.

—Calma, dirígete al piso C, te tienen que revisar —de nuevo el tono de su voz me tranquiliza.

Ella baja en el doceavo piso. Me dice que me escribirá más tarde. Cuando abandona el elevador y este sigue descendiendo, un choque neuronal se produce en mí. Cientos de escenas aparecen en mi mente, todas enredadas, como en un torbellino. Un zumbido me estremece y un dolor infernal de cabeza me ataca. Me quiebran de dolor aquellas imágenes borrosas, como si un destello de la luz más intensa rebotara en mis pupilas y mi cerebro explotara al sonido del estruendo de un gong. Me estremezco al punto de doblarme y caer, pero estiro mis manos para sostenerme y, por descuido, aprieto un botón del ascensor.

Después de soportar el estruendo dentro de mi cabeza, de ver escenas de lugares en los que nunca he estado, personas que jamás he conocido, sensaciones que no sé cómo nombrar, identifico un lugar, una estatua, el Ángel de la Independencia; me reincorporo. La horrible melodía suena y me doy cuenta de que desciendo en el piso Z. Jamás he estado acá.

Al cruzar las puertas quedo de frente a una enorme sala, con compuertas de madera abiertas de par en par. Adentro hay muchos monitores, con escenarios diferentes del Beta, pero también de otros lugares que parecen ser los enjambres de las ruinas de la ciudad. Me quedo alucinada ante las pantallas.

—¿Qué haces aquí? —sale a mi encuentro un joven enclenque, de uniforme color rojo.

—¿Qué es este lugar? Tienes que decirme —le exijo.

—Déjame ver tu muñeca.

Se la muestro sin oponer resistencia mientras contemplo con más detalle las escenas de las pantallas.

—Tienes que irte —me dice asustado al no encontrar lo que sea que esté buscando en mi muñeca.

—¡No! ¿Tú quién eres? ¿Qué es este lugar?

—Es la sala de vigilancia, ahora vete.

—He estado muchas veces en el piso B y nunca he leído algún informe del Beta que dé conocimiento de este lugar. Es más, no había notado en el tablero del elevador el botón Z —le replico.

—¡Tienes que irte! —se horroriza más.

De pronto, descubro entre las escenas de las pantallas, en los enjambres marginados de las ruinas, unas agrupaciones de viviendas y, de entre los escombros, me veo emerger. Visto unos harapos grises, pesados, como armadura, con un semblante más maduro, pero soy yo. El horror, el mismo con el que me dice el vigilante de uniforme rojo que me vaya, me inunda y mis manos se vuelven a entumecer.

—¡Qué es eso! —le pregunto al borde del grito.



—¡Ya vete! —me responde de la misma manera.

—¡No! No me iré hasta que me digas quién es, qué es, por qué se parece a mí.

Él se nota desesperado, acorralado porque no puede mover ni un centímetro de mi cuerpo, somos de la misma estatura, pero parece que mi peso corporal es el doble que el suyo. Se rinde.

—Me arrepentiré de esto, yo te lo advertí. No sé cómo lograste presionar el botón que te condujo a este piso.

—Yo tampoco, tuve un dolor de cabeza atroz y por accidente puse mi mano en el tablero. Luego muchos destellos, confusión y descendí aquí.

Me mira como si me tuviera miedo y, a la vez, como si no se resistiera a decirme lo que sabe. Lo observo, pero también sigo observando las pantallas. Busco a Cintia, pero ella no aparece en ninguna pantalla. No son tantas, encuentro al niño de los ojos verdes.

—Por qué no veo a Cintia? Si este es el centro de vigilancia del Beta, ¿por qué no aparece ella?

—¿Quién?

—¡Cintia! —le repito con angustia por no encontrarla.

—No sé, aquí solo veo a los androides.

Mis piernas tiemblan, otra vez el cúmulo de imágenes se alborota como abejas enardeciditas tratando de llegar a su panal. El zumbido me hace tambalear y me sostengo de su hombro.

—Eres pesada, ¿qué tipo de trasplante te habrán heredado?

—¡De qué hablas! —le digo al borde de una sensación que no logro reconocer, con impotencia y como si quisiera...—. ¿Quién eres tú? ¿Qué son los androides? —le digo con la voz cortada, con un nudo en la garganta.

—Me mira con curiosidad, me analiza. Después de unos minutos, me he recuperado y comienza a explicarme:

—Esto no es la sala de vigilancia. Soy Fausto, el encargado del inventario de androides en Beta. También soy uno de ellos, como todos los que están en las pantallas, como tú. Mi programación neurolingüística me permite tener esta información para poder operar esta actividad.

No digo nada, lo observo helada, sin comentarios, dejo que hable.

—Los androides no saben lo que son, su programación es específica en cada caso. A veces hay niños que se sienten hijos de una familia, amigas, como tú, que sienten afinidad con su enlace. Supongo que Cintia es tu enlace.

Sigo sin decir nada, parpadeo una que otra vez, pero no me muevo, mis manos siguen entumecidas.

—Las personas que viven en Beta adquieren los androides para no sentirse solas, les asusta la soledad. También porque perdieron familia, porque no tuvieron hijos, porque quieren tener amigas y amigos —me explica en un intento de que yo reaccione y diga algo, emita un sonido, una palabra o un quejido.



—¿Existió la descontaminación 3-0-3? —por fin le pregunto, mi único conocimiento sobre la vida pasada.

—Sí, por supuesto. A partir de la 3-0-3 pudimos existir. Después de ese episodio muchas personas no pudieron acceder a la vivienda que se ofrecía en las secciones. El mundo se dividió en dos: en estos edificios inteligentes pero aislados, y en los enjambres de las ruinas. Pero mientras las personas eran transportadas a zonas seguras y se construían estas secciones, los sobrevivientes en los enjambres comenzaron revueltas.

El llamado inició, la descontaminación 3-0-3 tuvo lugar. No se permiten personas enfermas en las secciones, con alguna diferencia o limitación física. Los que viven en Beta han sido cuidadosamente seleccionados, dejando fuera a muchas personas, incluso de su mismo núcleo familiar. No querían revueltas, así que las corporaciones más poderosas decidieron quiénes podían entrar aquí y los configuraron a su modo de ser.

—Espera —lo detuve en su explicación—, ¿qué significa que Cintia pertenezca a Lambda? Lo mencionaron hoy.

—Lambda fue una de las corporaciones que defendió la política de no selección. Querían que aquellos que contaban con la adquisición económica pudieran acceder a la vivienda sin importar enfermedad, diferencia o limitación física, pero nadie les apoyó, tuvieron que someterse también al proceso de selección. Supongo que tu enlace debe ser de las únicas de su familia sin enfermedad y por eso vive aquí, pero su linaje no es bien visto.

—¡Y qué buscabas en mi muñeca hace unos minutos!

—Quería corroborar tu nanosensor enlazado, pero está desactivado.

—No, no entiendo, nada. Esto debe ser un error —le digo sollozando, mientras llevo mis manos entumecidas hacia mi cabeza confundida.

—¿Acaso quieres llorar? Debe ser defecto de fábrica. Ningún androide ha llorado jamás, son emociones complejas e, incluso, las personas que viven en las secciones cada vez menos las tienen, ya no sienten. Verás, están configurados a una perfección inalcanzable, a una creación robótica que somos nosotros.

—¿Qué dices? ¿Quién te ha dicho todo esto?

—Mi creador. Él hizo el trasplante con mi original, la persona que no sé si sigue viviendo allá afuera. No puedo verlo, aunque vea a todos los androides de Beta. Irónico.

—¿Tu original? Es decir que, aquella persona —señalo la pantalla donde recolecto unos escombros— ¿es mi original?

—Sí, así es. Pero esto nunca había pasado —me observa de nuevo con extrañeza—. ¿Cómo fue que rompiste el comando con tu enlace? Ella te debió ordenar algo.

—Ya te lo dije, fue un terrible dolor de cabeza, muchas imágenes y luego me encontraba descendiendo en este lugar.



—Un choque neurocerebral —concluyó—. Mi creador me contó de la posibilidad de llegar a este momento. Sobre todo, si el trasplante está conectado a través de una sinapsis que sigue viva, lo que mantendría unidas tus neuronas con las de tu original.

—¿Pero ella sabe que existo?

—Ella fue quien se ofreció para que tú existieras. Te decía, con la 3-0-3 se prometió una vida mejor, pero quienes no tenían recursos económicos se enfilaron para lucrarse a través de la creación de su androide. A ellos les pagaban una suma y nosotros existimos.

—¿Y por qué ella sigue viviendo en los enjambres?

—Pueden ser muchos factores. Quizá no quiso dejar a su familia. Tal vez, a pesar del pago, no pudo costear un lugar para vivir en las secciones. Quizá esté enferma, pero de estarlo ya hubiera muerto.

—Si nuestros originales mueren, ¿nosotros seguiremos existiendo? —lo cuestiono más por una preocupación hacia ella, al observarla a través del resplandeciente monitor, con su grisácea envoltura de telas, rodeada de humo espeso, con la cara demacrada, recogiendo escombros de cantera del pavimento levantado de lo que era el Paseo de la Reforma. «¿A dónde va?», le pregunto al verla marcharse y adentrarse a los enjambres, donde la cámara no tiene más visión.

—Las personas que habitan en los enjambres son seres que se guían por inercia. Nadie sabe qué comen o cómo viven dentro de las viviendas adaptadas en la colmena urbana. No sé de ningún caso que su original haya muerto y, en consecuencia, haya dejado de existir. Somos una réplica, una mejora, pero no estamos conectados a ellos.

Decido que eso último es falso. Toda la vida en este edificio lo es. No sé en qué nos hemos convertido, pero de lo que estoy segura es que puedo sentir como si estuviera allá, como si siguiera conectada a ella, pero no puedo enviarle alguna señal.

—¡Déjame salir, quiero irme de Beta!

—¡Estás loca! No digas más o tendré que mandarte a desactivar. No te das cuenta de que tienes un defecto de fábrica: Si alguien se entera, sólo lograrás la desconexión.

*

Tengo la sensación de que alguien me observa. Quizá mi androide en Beta se ha dado cuenta qué tonterías pienso mientras recojo las últimas piedras. El traje pesado me sofoca, pero protege mi piel. Siento la gran necesidad de alzar mi rostro hacia el enorme rascacielos y de hacer una seña. No lo haré. Sigo con la vista en los escombros. Me pregunto si ella sentirá nostalgia de los días de tráfico y contaminación; de la comida callejera, Del sonido de la guitarra de una señora que exhibe su talento en el semáforo, que se encuentra en rojo, para pedir alguna limosna.

Pienso si mi androide también se acordará de mi hija. Si mantendrá el recuerdo cuando hacía acrobacias una calle arriba de donde se encontraba aquella señora. Subía a mi hija en mis hombros y con destreza mi niña hacía malabares con una pelota amarilla de tenis. Claro que no



extrañará esos días. Allá vive en la opulencia, sin enfermedades ni sentimientos. Ella no conoció la hermosa y miserable vida que teníamos antes de la descontaminación 3-0-3.

Me encuentro confundida, con una punzada en mi corazón. Vivir con menor proporción de mi núcleo mayor me adormece y hace más lenta, pero sé que en Delta mi hija vive mejor. Jamás desearía que estuviera aquí, rascando las piedras, la mugre y los metales que dejó la destrucción. Por otra parte, de alguna manera siento que, con ella, con esa figura androide que nació de mi núcleo central, sigo conectada.

Tal vez sí podamos reconstruir la ciudad. Estamos levantando nuevas casas con esta piedra que aún sirve. Nos alejamos de los enjambres para perdernos de la vista del espectro vigilante de las corporaciones. A miles de kilómetros, donde creían que la toxicidad había consumido todo, el lago de Chapultepec nos suministra de un hilito de esperanza. Allá arriba el Beta resplandece. Sus paneles solares están recargados, la radiación incrementó hoy. Voy por la última recolección de piedra para vender, después comeré unos renacuajos verdosos que atrapé en el lago. Sentiré nostalgia por algo que nunca viviré.

Gema Mateo Pacheco

Nació en Puebla, México en 1990. Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Maestra en Opinión Pública y Marketing Político. Escritora de Ciencia Ficción y Fantasía, investigadora en temas de juventudes y colectivos sociales.

Ha sido publicada en antologías como Liminales (Casa Futura ediciones, 2021) Especulativas, ERRR magazine y Revista Sputnik. Autora del libro “Camino a Apulia” (Ed. Piedra y Campana, 2020).



| INVITADO ESPECIAL
DE LA
CUARTA EDICIÓN





EL LLANTO DE LAS GRANADAS

Mateo nació con la boca llena de sangre, como nacen todos los niños que son arrancados del vientre de sus madres muertas. Pronto entendió que la sangre era el lenguaje de su familia. De la mano de su padre y de su tía aprendió a amar la sangre. La sangre cuando se caía de la cama y nadie le recogía, la sangre cuando se chocaba con los picos de las mesas aprendiendo a andar, la sangre de las rodillas al caerse corriendo, la sangre de los dientes al caer, al nacer, al volver a caer. La sangre.

Un golpe en la nuca si no terminas la sopa, un cachete si vas demasiado lento por la calle, un puñetazo en la nariz si contestas a tus mayores. Si te caes al suelo, sangra, pero no llores. Tú no puedes llorar porque eso es de maricones, de nenazas, de mujeronas.

Los niños no lloran.

A los siete años aprendió que también se elige cuando se quiere ver sangre. Las pedradas a los ratones y a los gatos, romperles el cuello a los pollos de la granja. Son para comer. Su sangre. Bermellón, rojo oscuro, granate, marrón, caramelito tostado. Nada es comparable al placer de ver sangre.

Mateo descubrió el amor a los catorce años. Entró al baño y pilló por sorpresa a su prima con las bragas bajadas, con trapos llenos de sangre, sangre roja teja, sangre espesa con una capa transparente, sangre y gelatina. Fue un flechazo.

Mateo quedaba con su prima una vez al mes durante cinco días, cuando ella sangraba, se encerraban en el pajar y se besaban, se tocaban, y él la masturbaba y bebía la sangre de su coño como si fuera un cuenco. Sabor a hierro posado, a conserva fresca.

—¿Por qué no nos vemos el resto del mes, Mateo?

—Pero sí nos vemos, vienes a casa, ayudamos a mi padre, cocinas con mi tía.

—Ya... pero nunca estamos solos.

—A ti lo que te pasa es que eres una viciosa.

Su prima entendió pronto que a Mateo no le interesaba ella, sino su sangre.

Mateo descubrió que no la necesitaba para conseguir esa sangre. El pueblo estaba poblado de niñas vírgenes, esa mancha de sangre redonda como barro disuelto. Dulce. Y las que no eran vírgenes sangraban con la frecuencia que su sed necesitaba.

Antes de cumplir dieciocho aprendió que no hacía falta esperar un mes entero, que había otros orificios que forzar para que brotase la sangre si los penetrabas con la suficiente violencia.

Mateo sabía de la sangre, pero de nada más.

Conoció a María en la cantina del pueblo. Estaba sentada en una mesa mientras su padre bebía vino tinto con poso de tierra en un vaso chato. El sol de otoño entraba por la ventana y el rojo del vino se reflejaba en su cara. Bella niña con carita de sangre.



María había nacido con la conciencia de que ni su sangre le pertenecía, como nacen todas las niñas en un mundo de hombres.

No fue difícil acercarse a ella, ganar la confianza de su padre, sus labios y su lengua llenos de vino morado sangre, hacerla sentir importante, querida, deseada, enseñarla a que le hirviese la sangre. ¿Quién puede resistirse al placer del amor en cuerpo y sangre?

Todo iba bien entre ellos, aurículas latientes embebidas en arterias inundadas de sangre. Y el significado místico de las mariposas rojas pegadas en las paredes del estómago. Cuando te sientes amada no eres consciente de si te quieren solo por tu sangre.

Un día María echó de menos su sangre:

—Tengo un retraso.

Y entonces Mateo se dio cuenta de que tendría que buscar algo con lo que vivir además de su sed de sangre. Y entonces María se dio cuenta de que nada puede construirse sobre la necesidad de la sangre.

A María su familia no le permitió deshacerse de la criatura, ni ser una joven madre soltera marcada con el peso de aquellas que no supieron decir que no al placer de que deseasen tu sangre. Un matrimonio organizado antes de que hubiera más de tres faltas de la sangre. Mateo tuvo que buscar un trabajo, convertirse en hombre, responsabilizarse de la sangre de su sangre.

El matadero era un buen lugar para Mateo, las vacas con su piel brillante se transformaban en pedazos de carne firme llena de sangre. Había que cortarlas, despellejarlas, mutilarlas, despiezarlas, solomillos, lomos altos, vacíos, mollejas. Pedacitos de algo que parecía una vida cubierto de sangre. Los cerdos eran los que más sangraban y gritaban; esas imágenes ayudaban a Mateo a sobrellevar los meses junto a una mujer que ya no sangraba y cuyo vientre crecía. Él deseaba reventarlo a patadas, para ver si explotaba en su carcasa, como una bomba de sangre.

María dio a luz una niña.

—Ha sido una bendición, las niñas sangran.

Unos meses después del parto a María le volvió la sangre y con ella la pasión de Mateo, junto con el dolor y las lágrimas, gemidos y sollozos se mezclaban con los de un bebé que lloraba en la cuna de al lado.

—No puedo más, Mateo, no quiero seguir así. Quiero cuidar de la niña, mis pechos le pertenecen, mi cuerpo le pertenece, no quiero que me toques más. No quiero que me bebas más.

Pero hay otras maneras de obtener sangre de una mujer que no quiere acostarse contigo.

El primer puñetazo que sintió María fue el más inesperado, pero no el que más dolió, quizás por el aturdimiento, quizás por la inexperiencia, quizás porque parecía que ese hombre siempre violento no cumpliría la amenaza que asignaba su existencia.

—Solo le interesa la sangre de mis agujeros, nunca me partirá la cara.

Las palizas se volvieron recurrentes, noche tras noche tras volver del matadero. Sexo o violen-



cia. María creía que se protegía con un bebé en los brazos. Mateo apartaba a la niña. Una mujer atrapada en el deseo de la sangre.

—Algo habrás hecho, mujer, ya sabes como son los hombres. Seguro que no le atiendes lo suficiente y cuando las mujeres tenéis hijos, es otra cosa. Ya es otra cosa.

La primera vez que Mateo le pegó con la niña en brazos fue la última.

Cuando María visitó a la santera tuvo miedo. Aquel lugar tampoco parecía seguro. Verde y ocre dominando el espacio, como un augurio de selva incontrolable. Olor a almizcle como algo fresco y excitante que no sabía identificar. El olor de una mujer que era libre del peso de la sangre.

La santera apareció tras una cortina de piedras de plástico que relucían como verdaderos jades por el efecto de la luz. Era una mujer con una larga melena castaña, rizada y salvaje, y un cuerpo cubierto de las sensuales y rotundas curvas que poseen las mujeres a partir de los cincuenta.

María se apretó contra su hija sin saber si tenía más miedo a la vida a la que iba a enfrentarse o a todo lo que quería dejar atrás.

—Sé a lo que vienes, mi niña. Puedo identificar las marcas de tu cara como identifico los márgenes del fuego. Cicatrices de las raíces que han atado a las mujeres a la tierra durante siglos, billetes de ida al amor eterno.

Los ojos de María se colmaron de lágrimas.

—Acércate, quiero verte, quiero saber qué es lo que necesitas.

La santera la miró a los ojos, se echó la mano al bolsillo derecho de su mandil y le dio unas hierbas en la mano.

—¿Cuándo te toca la sangre?

—En tres días —respondió María.

—Bien. Recoge tu sangre durante los cinco primeros días en un recipiente, a las horas que el calor caliente la sangre. Por la noche déjate a tu marido, que te exprima, que extraiga todo el placer que pueda para sí. Aguanta porque será la última vez. Tras esos días, mezcla tu sangre y estas hierbas con la fruta más roja que nazca en vuestro jardín.

—Granadas.

—Granadas. Serán perfectas. Haz la maleta, deja el jugo en la nevera y huye antes de que llegue a casa. Conozco a mujeres que pueden ayudarte al principio, si lo necesitas.

—Lo necesitaré.

—Bien. Pues dentro de ocho días te quiero a mediodía en la puerta de mi casa, sabremos qué hacer, mi niña. Siempre sabemos qué hacer, siempre flotamos en nuestras propias lágrimas

María volvió a casa con una sensación de euforia y adormilamiento en el cuerpo, todas las esperanzas puestas en algo que se parecía más a un sueño que a una respuesta. Pero la ventaja



de no tener nada que perder es poder apostar sin miedo.

A los tres días, puntual como cada vez, le bajó la sangre, hirvió un bote de los que usaba para hacer mermelada y comenzó a recoger su sangre durante el día. Hacer la comida y recoger su sangre, limpiar y recoger su sangre, dar de comer a su bebé y recoger su sangre. A las siete en punto Mateo apareció por la puerta y respiró con fuerza.

—Tienes la sangre.

—Sí, y hoy puedes usarme, siquieres.

Mateo sintió como sus ojos se humedecían. Después de tantos meses sin sentir la sangre de su esposa, de tantos meses de entregarse al culo de los cerdos con el cuello rebanado, a las mujeres que se vendían con valentía en algunas esquinas, se entregó al acto sexual. Casi místico, casi tierno. María tuvo miedo de sí misma, de confundir la inseguridad de su marido con el amor; el deseo contenido durante demasiado tiempo con el afecto. Cerró los ojos y se dejó hacer.

Al quinto día apenas brotaba la sangre. María se levantó por la mañana y depositó en el bote las últimas gotas, mezcla de menstruación y de un sexo violento que ya era imposible de confundir con deseo.

Mateo se marchó al matadero y María le despidió con un beso, dulce por los recuerdos compartidos, por los anhelos frustrados, y amargo por todo el dolor que había sufrido.

Antes de mediodía terminó de recoger sus cosas y para cuando sonaban las campanas de las doce, María y su bebé estaban en la puerta de casa de la santera.

Mateo llegó a casa tras una larga jornada y cayó rendido en el sofá. Catorce horas cargando reses muertas le dejó ese día sin sed de sangre. Se levantó del sofá y se acercó a la nevera. Allí brillaba en un vaso alto y ancho un líquido color sangre, rojo rubí, arteria fresca, que brillaba con la luz de nevera. Parecía que María hizo los deberes y le preparó una bebida que competía con la sangre.

Se lo bebió de un trago.

Mateo tardó varios minutos en darse cuenta de que la casa estaba llena de silencio. Quiso negárselo a sí mismo. Salió y recorrió las habitaciones llamando a María a gritos. Solo podía maldecir, empujar los muebles, tirar los marcos con las fotos que reflejaban una felicidad que no había ocurrido, gritar como un animal que van a llevar al matadero. Se sintió liviano de repente, no sabía si era por las catorce horas de trabajo o por el odio que sentía. Se acostó y se quedó dormido.

Cuando despertó no tuvo tiempo de preocuparse por María. Se levantó tarde y el tiempo hizo que tuviera que demorar su rabia para más tarde e irse corriendo al matadero. La jornada comenzó como otra cualquiera, las reses esperaban en la cuadra para ser asesinadas una a una. Entró allí y pasó la mano por el lomo de los animales. Miró a una de las reses, nunca se había fijado en la profunda belleza de sus ojos castaños. Mirar a alguien fijamente a los ojos, ¡ese sín-



toma de enamoramiento!

—Mateo, trae la vaca. Empezamos.

Mateo empezó a tirar del animal con un ánimo extraño, como si fuera su cuello el que sentía la quemazón de la cuerda. Cuando llegaron a la zona de matanza, la vaca mugía intensamente, sabedora de lo que se avecinaba y Mateo mugía con ella. Un dolor profundo se expandía desde sus entrañas. El dolor y la angustia de quien se sabe muerto.

Sacaron la motosierra y empezaron a cortar el cuello de la vaca y la sangre arterial de rojo profundo lo invadía todo. Mateo gritaba, fuera de sí, le dolía todo el cuerpo, su cuello empezó a amoratarse hasta que se desmayó. Le sacaron en brazos y le metieron en su coche. Despertó con el cuerpo dolorido, mareado, la jornada laboral ya había terminado. Se marchó a casa.

En el camino de vuelta paró en cada una de las casas de las vecinas y familiares que conocían a María. Ella no estaba ni el bebé tampoco, nadie las había visto. Como si una tormenta de polvo rojo se las hubiera llevado. Como si se hubieran convertido en algo distinto de piel, huesos, carne y sangre.

Cuando llegó a casa, las sobras de un guiso de pollo que empezaba a oler a tuétano le esperaban en la nevera. Les metió un bocado, un pinchazo agudo en su cadera le hizo perder el equilibrio y el profundo dolor le dejó tiritando en el suelo

—Qué me pasa. ¿Por qué no puedo moverme?

Arrastrándose, se acercó a la puerta de la calle. El ruido del jardín era ensordecedor, el zumbido de las abejas, el aletear de las mariposas, las pisadas de las hormigas. La rabia, el hambre y el aturdimiento hizo que quisiera pagarla con un caracol que paseaba en la humedad de septiembre a la altura de sus ojos, lo aplastó con el puño y sintió como sus ojos se cegaban junto con un dolor profundo, como si sus glóbulos oculares fueran a reventar en cualquier momento.

Mateo abría la boca tratando de gritar sin éxito, sus cuerdas vocales estaban paralizadas, su cuerpo rugía con la tierra de otoño. Volvió a quedarse adormilado, aturrido, hasta que el sabor a hierro de su propia sangre le despertó, había sangre en el suelo y la nariz le dolía.

Pronto detectó un ratón que estaba siendo atacado por un gato callejero. Como pudo, se levantó. Trató de alejarse de aquella escena, del rojo brillante del cuello del ratón en las garras del gato, del dolor de su nariz como si se abriera en dos, el vacío de su estómago rugiendo, pidiendo ser colmado, la sed, el hambre, el deseo de parar su sangre.

Llegó hasta la manguera y bebió con ansia. Todo iría bien, solo necesitaba un poco de tiempo, calmarse, lavarse, encontrar a María.

Aquel sonido recién descubierto lo inundaba todo; zumbaba, chirriaba, aullaba. Las últimas fresas sin recoger colgaban de una planta cercana. Arrancó un par de ellas y se las metió en la boca antes de sentir aquel sonido, un pitido de dolor que provenía de las plantas. Masticó y tragó mientras el rojo bermellón manchaba sus dientes, mezcla de su propia sangre y de las fresas



devoradas. Aquellas frutas arrancadas también dolían.

Se levantó sintiendo cada paso en la hierba mojada como si alguien le abofeteara la cara. Apenas pudo andar unos metros hasta el árbol de la granada, se acuclilló pensado en que pronto pasaría. Las seguía escuchando, las granadas maduraban sobre su cabeza a punto de desprendérse del árbol. Tendría que esperar a que estuvieran muertas para poder comerlas. Y se quedó allí, inmóvil, mientras escuchaba su propio llanto que se mezclaba con el llanto de las granadas.



Alicia Santurde Gómez

(Santander, 1978)

Estudió ciencias económicas y producción cinematográfica y audiovisual. Trabaja en el campo del Marketing Digital y la comunicación editorial. Forma parte del grupo literario de escritura peligrosa dirigido por Gloria Fortún. Desde 2017 dirige el blog de estudios culturales y digitales Killed by Trend y el programa El gesto más radical en Ágora Sol Radio junto con Sergio Vega. Ha publicado relatos en fanzines como Regla Magazine y Asco Pena y en los libros "Contaminación Futura IV" editado por Mig21 y (h)amor gordo editado por Continta Me Tienes.



